

EDICIONES
BISTAGNE



MONTECARLO

JEANNETTE MAC DONALD

MONTECARLO

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18571 - BARCELONA

MONTECARLO

Adaptación cinematográfica, de ERNEST VAJDA, de «The Blue Coasts», por HANS MUELLER; y un episodio de «Monsieur Beaucaire», por BOOTH TARKINGTON y EVELYN GREEN-LEAF SUTHERLAND

Diálogo adicional por VINCENT LAWRENCE

Música y letra de LEO ROBIN, RICHARD A. WHITING
y W. FRANKE HARLING

Producción y dirección de ERNST LUBITSCH

/

Es un film PARAMOUNT

DISTRIBUIDO POR

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91

BARCELONA

✱

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

REPARTO

<i>Conde Rodolfo Farriere.</i>	JACK BUCHANAN
<i>Condessa Elena Mara.</i>	JEANNETTE MAC DONALD
<i>Duque Otto von Liebenheim</i>	Claude Allister
<i>Bertha</i>	Zasu Pitta
<i>Armando.</i>	Tyler Brooke
<i>Paul</i>	John Roche
<i>Príncipe Gustavo von Liebenheim.</i>	Lionel Belmore
<i>Maestro de Ceremonias.</i>	Albert Conti
<i>Lady Mary</i>	Helen Garden
<i>Monsieur Beauchaire.</i>	Donald Novis
<i>Lord Winderset.</i>	Eric Bye
<i>Heraldo</i>	David Percy

MONTECARLO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

El parque rebosaba de una aristocrática multitud.

Iba a celebrarse la boda de la condesa Elena Mara con el duque Otto von Liebenheim.

Todos aquellos aristócratas que llenaban el jardín eran invitados a la ceremonia.

De pronto, la distinguida concurrencia se reunió entre el palacio y la capilla, que estaban frente por frente.

Dos criados aparecieron empujando un grueso rollo que iba de-

jando la estela de una magnífica alfombra. Esta comenzaba en la puerta del palacio y terminó en la puerta de la capilla.

El órgano empezó a interpretar la marcha nupcial y aparecieron los primeros elementos de la comitiva: parejas de damas y caballeros vestidos de rigurosa etiqueta.

Todos iban desfilando solemnemente por encima de la alfombra.

De pronto, la atmósfera se inflamó con el chispazo colosal de un relámpago. Un trueno ensordecedor

inmediatamente y un aguacero que parecía la segunda edición del Diluvio Universal.

Las parejas perdieron su solemnidad. Se desorganizó el desfile. La única preocupación de la comitiva en aquellos momentos era ganar cuanto antes la capilla, y las damas se recogían las faldas y corrían, empujadas por sus caballeros que, perdida también toda compostura, las sujetaban por un brazo en previsión de posibles resbalones, siendo a lo mejor ellos los que resbalaban.

Refugiada en la capilla la última pareja, hubo un momento de tregua y en seguida apareció un criado vestido con uniforme de gala y provisto de un paraguas.

En seguida apareció otro criado, y otro después, y siguieron apareciendo una larga fila.

Abrían los paraguas y se colocaban el uno al lado del otro, de modo que cubrieron el camino desde el palacio a la capilla.

Apareció el maestro de ceremonia para anunciar:

—¡El duque Otto von Liebenheim!

Y se retiró en seguida para dar paso al duque, que se detuvo un momento en el umbral antes de deci-

dirse a colocarse debajo del paraguas que le ofrecía el criado más próximo.

El duque Otto se puso el monóculo y dirigió una mirada a la multitud, que soportaba la lluvia y lo daba todo por bien empleado con tal de ver pasar a los novios.

Era muy delgado el duque. Tenía chapudos los carrillos, lo que hacía resaltar la magnitud de la nariz, que era considerable. Sobre sus ojos pequeños escudaban las pestañas y las cejas, y en la cabeza comenzaban a clarear los cabellos.

A primera vista, el duque tenía cara de imbécil, y algunos de los concurrentes sostenían que, conociéndole, resultaba mucho más imbécil aún.

El duque Otto se decidió a pasar a la capilla y se colocó debajo del paraguas del primer criado. Este alargó el brazo y su paraguas se encontró con el del segundo criado que cubrió al duque y corrió igualmente el brazo hasta que el novio encontró la protección del tercer paraguas. Así, de criado en criado y de paraguas en paraguas, el duque Otto llegó hasta la puerta de la capilla, repartiendo saludos y sonrisas entre los invitados.

Pero cuando estaba debajo del último paraguas, una voz le llamó y el duque se detuvo.

Era la doncella de la condesa Elena Mara, es decir... de la novia.

La doncella había aparecido en la puerta del palacio con ese gesto inconfundible de quien acaba de ser testigo de un grave acontecimiento, y echó a correr en pos del duque con carrera alocada.

—¡Señor duque! ¡Señor duque!

El señor duque se afianzó el monóculo y se volvió.

La doncella llegó hasta él, muy azorada.

Pronunció unas palabras en voz baja. El duque pareció muy extrañado. Los dos volvieron sobre sus pasos: la doncella corriendo delante y el duque detrás, muy erguido y sin perder la compostura.

Hubo un revuelo de curiosidad entre los invitados. No esperaban ellos que la ceremonia resultara tan interesante.

Y el duque Otto irrumpió en el palacio con cierta violencia.

II

Cruzó un regio vestíbulo, subió una magnífica escalera, atravesó varios salones que parecían un museo, tal era el número de tapices, cuadros, esculturas y objetos valiosos que había en ellos, abrió la puerta de una antecámara, pasó a un suntuoso gabinete, y allí pudo

darse cuenta de la magnitud de su desgracia.

Sobre una butaca aparecía abandonado el vestido de novia, obra de un genial modisto parisiense. Además, en toda la habitación había un acusador desorden.

El duque abrió todas las puertas

del gabinete y examinó todas las piezas contiguas.

Una vez convencido de que no estaba la condesa Elena, gritó con voz rota por la angustia:

—¡Papá! ¡Papá!

* * *

Se oyó inmediatamente la voz atronadora del príncipe Gustavo von Liebenheim.

—¿Qué quieres, hijo mío?

—¡Oh, papá! ¡Oh, papá! — exclamaba el duque.

—¡Vamos! No llores y di qué te sucede.

—¡Ha huído!!! Es la tercera vez que Elena huye de mí.

El príncipe tembló de arriba abajo. Su vientre voluminoso, cruzado por una vistosa banda, se agitó como un mar en día de tormenta. Los bigotes, que abultaban casi tanto como su vientre, se estremecieron también.

—No me das más que disgustos —exclamó—. No hiciste más que nacer, y tu pobre madre me abandonó. Te vas a casar, y tu prome-

tida te deja plantado. ¡Es horrible! ¡Y lloviendo! Para que una mujer huya cuando está lloviendo, ha de tener un odio muy grande al novio o al marido. ¡Y ni siquiera ha tenido la delicadeza de esperar a que estuvierais casados!

—Es verdad. Así, cuando menos, no habría quedado en ridículo ante los invitados. Hay días en que no se puede salir de casa.

—Para ti todos los días son como éste. Has venido al mundo para demostrar que existe el infortunio.

Pero el duque Otto estaba pensativo y no contestaba a las palabras que profería el príncipe mientras media con sus pasos la habitación.

De pronto lanzó una exclamación de alegría.

¡Oh, papá! ¡Ya sé por qué ha huído!

—¿Por qué?

—No ha huído por mí.

—¿No?

—No. Ha huído por la lluvia.

El príncipe le miró con perplejidad, como preguntándose: "¿Qué nueva idiotez va a salir de esa cabeza?"

—Ella no quería que el vestido de novia se le mojara. Ella no quería que los invitados la vieran con

el aspecto inelegante que le habría dado la lluvia, despeinándola y mojando y arrugando sus galas de novia. ¡Ha sido la lluvia! ¡Oh, papá! ¡Es preciso que vaya inmediatamente a buscarla! ¡Cuánto te adoro, Elena mía!

El príncipe le dirigió una mirada compasiva y le volvió la espalda, pensando: "Bienaventurados los imbéciles..."

* * *

Pero no estaba solucionado el conflicto.

El maestro de ceremonias abrió la puerta y apareció una faz congestionada.

—¿Qué quieres? — preguntó el duque afablemente, pues, dada su alegría, no podía hablar de otro modo.

—¡Un gran conflicto, señor duque!

El príncipe se volvió para mirarle.

—Habla—dijo imperativamente.

—Pues que los invitados, señor,

piden que se les devuelvan los regalos.

—¡Oh!

—Dicen que para lo que han visto no valía la pena regalar nada. Perdonad, Alteza, pero yo he interpretado estas palabras y han querido decir sencillamente: "Nos han estafado. Nosotros hemos pagado para ver toda la boda, y sólo se ha presentado el principio y con lluvia".

El príncipe Gustavo se irguió altivamente.

—¡Los Liebenheim nunca han devuelto nada!

—Eso ya lo saben los invitados, señor. Algo parecido estaban murmurando también.

—¡Qué atrevimiento! ¡Qué grosería! ¡Pedir que les devuelvan lo que ya no es suyo!

—Es preciso tomar una determinación. Están amotinados.

En efecto, de la habitación contigua llegó a oídos del príncipe un fragor semejante al que producen las manifestaciones públicas, especialmente si son anarquistas.

Entonces la arrogancia del príncipe amainó un poco. El, aunque tenía algunas condecoraciones, no había tenido nunca aficiones de

caudillo, ni siquiera de soldado.

Se acercó a su hijo y le rogó amablemente:

—Ve tú a tranquilizarlos, hijo mío. Yo no tengo aptitudes de orador.

—¡Yo tampoco!—repuso el duque en son de protesta.

—¡Vaya, vaya! No seas modesto. Cuando quieres, eres un Demóstenes con frac.

Halagado por estas palabras, el duque tuvo el valor suficiente para enfrentarse con la multitud.

* * *

Los invitados estaban agrupados al pie de la magnífica escalinata del vestíbulo.

Al ver aparecer al duque, un rumor se levantó de la masa. Pedían sus regalos como si pidieran la cabeza de alguien.

Pero el duque levantó el brazo con gallardo gesto pidiendo silencio y calma, y comenzó a decir con un tono que Melquiades Álvarez le habría envidiado:

—Queridos amigos de los Lie-

benheim: no nos pidáis los regalos porque... porque...

Estaba visto que su papá le había tomado el pelo al decirle que era un Demóstenes.

—Porque...

—¡Menos palabras y más hechos!—gritó una voz de mujer—. ¡Queremos los regalos y sin ellos no nos marcharemos de aquí!

—Es la primera vez—dijo el duque recordando las palabras de su padre—que los Liebenheim se ven en el trance de devolver una cosa. Y como no lo hemos hecho nunca, no tenemos práctica.

—No se preocupe por eso—le interrumpió uno de los oyentes, demostrando que tenía el don de la oportunidad—. Decidnos dónde están los regalos y nosotros mismos los cogeremos.

Al verse perdido, el duque preguntó:

—Pero si habíais de llevaros las cosas, ¿por qué os molestáis en regalarnos nada?

—Es que las regalamos — dijo una solterona — porque nos prometisteis que habría boda; y como no ha habido boda, justo es que tampoco haya regalo.

—¿Y quién le ha dicho a usted,

querida y distinguida señora, que la boda no se ha de celebrar?

Hubo un gran silencio. Los invitados se miraban con estupefacción y alegría. Si había de celebrarse la boda, fueran con Dios los regalos.

—¡Oh! — exclamó la solterona roja de placer—. Perdonad, duque. Todo ha sido una lamentable equivocación. Venga la boda y haremos un segundo regalo si es preciso.

—¡Viva el duque! — gritó otra voz de mujer.

Y todos respondieron a coro:

—¡¡Viva!!

—¡Viva la boda! — gritó otra voz más sincera.

Y un rugido unánime contestó a estas certeras palabras:

—¡¡¡Viva!!!

—Pero... — balbuceó el duque — la ceremonia queda momentáneamente suspendida. Sólo el tiempo preciso para que yo encuentre a la novia.

Una oleada de desencanto recorrió las masas. El duque evitó las protestas que sin duda iban a repetirse, continuando así su discurso:

—Os aseguro con la mano puesta en el corazón, que la boda se celebrará, y que la ceremonia durará muchas horas.

Estas palabras impresionaron vivamente al auditorio. Muchas horas de ceremonia. Muchas cosas que observar. Abundantes provisiones para la murmuración.

Aprovechando las favorables circunstancias, el duque añadió:

—La condesa Elena admitirá toda clase de preguntas de los invitados.

Eso era ya más de lo que los invitados solían pedir. ¡Ahí es nada! Hacer preguntitas para sondear con habilidad el estado de ánimo de una recién casada... Enterarse de si realmente ama al marido o de si, por el contrario, se ha casado con él por un motivo ajeno a los impulsos del corazón. Deducir las semanas que duraría la fidelidad de la esposa. Todo eso era maravilloso para la masa de invitados, y más sabiendo como sabían que el duque tenía mucho dinero y que la condesa Elena estaba completamente arruinada y era una cabecita loca.

Y aun añadió el duque, muy satisfecho del efecto que habían producido sus palabras:

—Os prometo por el honor de mi apellido que iré a buscarla y la encontraré, aunque tenga que dar la vuelta al mundo. Y que Dios me

confunda si no la traigo aunque sea a rastras.

Un bravo entusiasta estalló en unos labios femeninos y todos los invitados aplaudieron.

Y el principe Gustavo, al oír desde sus habitaciones el clamor de la multitud, se preguntaba:

—¿Si será verdad que tenía en casa un gran orador y no me había dado cuenta?

* * *

Entretanto, otros hechos de extraordinaria importancia se desarrollaban fuera del palacio.

Una estación del ferrocarril.

Una dama que corte envuelta en un magnífico abrigo de pieles.

La sigue una doncella cargada con maletas y fardos.

La dama entra por los andenes como una furia, sin detenerse en el despacho de billetes.

El empleado que guarda la puerta trata de seguirla, pero vuelve en seguida atrás, comprendiendo que no puede abandonar su puesto.

Un tren acaba de emprender la marcha.

La dama y su doncella corren hasta alcanzar un vagón de primera clase.

Algunos rostros asombrados asoman por las ventanillas.

Pero la dama, indiferente a la curiosidad de los viajeros, sube al estribo del vagón y ayuda a subir a la doncella.

Hay un departamento vacío. Entran. Cierran.

La dama se quita el abrigo y muestra—a nosotros no, por desgracia—la maravilla de su cuerpo sin vestido. Una preciosa combinación plisada, con abundantes encajes, es la prenda más exterior.

La dama, digámoslo de una vez, es la condesa Elena, y su acompañante, Berta, la fiel criada.

La condesa Elena se deja caer en el asiento y exclama:

—¡Libre! Ahora me alegro de que el vestido de novia me viniera estrecho. Así no me lo he podido poner.

* * *

Pero la doncella no parecía muy conforme con el proceder de la señorita.

Mientras la condesa Elena se deleitaba pensando en su libertad, con la cabeza apoyada en lo alto del muelle respaldo y los ojos fijos distraídamente en el techo del vagón, la fámula la contemplaba con ojos muy abiertos e impávidos.

La condesa sorprendió esta mirada e impidió que la doncella, que se disponía a hablar, desplegara los labios.

—Sé lo que va usted a decirme. Que he perdido la oportunidad de casarme con un hombre rico.

—¡Con la falta que nos hace el dinero!

—¡Tantas cosas nos hacen falta y no las tenemos!

No podemos pasar un momento más sin detenernos a describir a la condesa Elena tal como ahora se ofrece a nuestros ojos.

Es una mujer joven, bellísima, de cuerpo fresco y magnífico y de ojos tan brillantes, tan luminosos, tan expresivos, que es imposible soportar una mirada prolongada suya.

Por encima de los encajes superiores de la combinación, emergen triunfalmente los hombros blanquísimos como flores de nácar y la garganta de nieve.

Sobre esta sinfonía de blancuras,

ponen los cabellos una nota de oro y entre los labios de rosa asoman las perlas de los dientes.

El cuerpo es esbelto y firme. Sobre la flexible cintura se insinúan curvas prodigiosas que hacen soñar en delicias imposibles, y por los encajes inferiores de la combinación, se muestra la tentación de las piernas, de rodillas apretadas y curva larga y elegante.

La indolencia con que está recostada presta a las líneas de su cuerpo una laxitud incitante, y toda ella parece estremecida por misteriosas emociones del alma o íntimos temblores de la carne.

De pronto, sueñan unos golpecitos en la puerta del departamento.

La condesa Elena se pone en pie sobresaltada y se echa encima el abrigo de pieles con un movimiento pudoroso.

La doncella abre la puerta y aparece un revisor, que se queda mirando fijamente a la condesa Elena, sin duda diciendo para sus adentros: "No puede ser verdad tanta belleza."

—¿Es usted la señora que ha subido al tren en marcha?—pregunta, revistiéndose de pronto de toda su autoridad de revisor.

—Exactamente. Yo soy esa señora.

—¿Y por qué ha hecho usted eso?

—Porque el tren no ha querido parar.

—¿Pero usted no sabe el peligro que representa subir en marcha a un ferrocarril?

—Comprenda usted que no iba a quedarme en el suelo.

—Bien. Tenga usted en cuenta para otra vez que está rigurosamente prohibido subir a los trenes en marcha.

Con el calor de la conversación, el abrigo que cubre el cuerpo de la condesa Elena se ha ido abriendo, y los primores de la combinación y especialmente lo que ésta deja entrever, causan la natural sensación en el revisor, que no puede menos de fijar una mirada de admiración y asombro en las blancuras maravillosas de aquel escote, extenso y magnífico, que empieza en la garganta y termina donde, ¡ay!, debía comenzar.

El revisor está como hipnotizado. Sus ojos se abren desmesuradamente. El pobre hombre está viviendo un sueño glorioso que ni como sueño creía pudiera existir.

La mirada del revisor es para la condesa un aviso. Se mira el pecho y, al advertir que el abrigo le ha hecho traición, abriéndose cuanto las solapas daban de sí, se cubre con un gesto de pudor y de azoramiento.

Sus mejillas adquieren un tono de vivo carmín.

—¡Oh! Usted perdone—balbucea—. Es que vengo de una boda, ¿sabe usted?

El revisor abre los ojos más desmesuradamente todavía. Ciertamente la circunstancia de proceder de un himeneo no atenúa en nada el hecho de ir tan ligera de ropa. Por el contrario, da lugar a tremendas deducciones.

La condesa, cada vez más azorada, acaba de echarlo a perder.

—El vestido de novia me venía estrecho. Con las prisas no me lo he podido poner.

¿Novia? ¿Prisas? Eso es bastante para que el revisor comprenda que se halla ante una mujer que ha huído del prometido o del esposo, minutos antes o después de casarse.

¡Catastrófico!

El revisor se sobrepone al hombre.

—Tenga la bondad de los billetes, señora.

—No tengo billetes.

—Entonces habrá de pagar doble—dice el empleado, echando mano de su carnet—. ¿Adónde van ustedes?

—No sé.

El revisor comprende. Se trata de una fugitiva a la que lo único que le importaba era huir. La dirección era lo de menos. El caso era alejarse.

Hace una nueva pregunta, ajustada a las circunstancias:

—¿Dónde quieren ustedes ir?

La condesa dirige a Berta una mirada de consulta.

He aquí un problema en el que no había pensado.

La mirada estupefacta de la doncella no le ofrece ninguna solución.

—¿Dónde va este tren? — pregunta la condesa al empleado.

—A Viena.

—¿A Viena? ¿Y qué vamos a hacer nosotras en Viena?

—Eso depende de los gustos e inclinaciones de la señora.

Elena queda pensativa. De pronto exclama:

—¿Entonces este tren pasa por Montecarlo?

—Ciertamente, señora.

—¿Por Montecarlo? — vuelve a preguntar trémula de ilusión.

—Sí, por Montecarlo.

—¡Oh, denos usted en seguida dos billetes para Montecarlo!

El revisor obedece, mientras se dice:

—¡Tan hermosa y tan chiflada!

Coge la condesa los billetes y ordena a la fámula:

—Paga, Berta.

Berta obedece, y mientras el empleado sale del departamento mirando de reojo a la "bella chiflada", ésta se deja caer en el asiento soltándose el abrigo, y exclama:

—¡Montecarlo!... ¡Montecarlo!...

IV

El revisor no salía de su asombro. En su vida había visto cosa igual. ¡Vaya señora! ¡Vaya despreocupación! ¡Vaya atrevimiento!

Al llegar al final del pasillo, mientras daba vueltas en su magín a todo lo que acababa de presenciar, se encontró con un grupo de compañeros, empleados de los coches camas.

—Atención, señores—dijo interrumpiéndoles—. Os voy a exponer un problema. Sabiendo que ella es hermosa y joven, que viene huyendo de una boda con tanta prisa que no ha podido ponerse el vestido de novia y que se dirige a Montecarlo, ¿cuántos años tiene el esposo?

Los que le escuchaban quedaron estupefactos.

—Esa incógnita no se puede despejar—dijo uno de ellos.

—¡Vaya si se puede despejar! Es un problema facilísimo. He aquí la solución: el marido es viejo.

Los camaradas celebraron la ocurrencia, pero uno de ellos tuvo una réplica inspirada:

—Podría también ser joven, pero imbécil de pies a cabeza.

Y todos convinieron en que la réplica era muy razonable.

* * *

La condesa continuaba absorta en sus sueños. De pronto preguntó:

—¿Cuánto dinero nos queda, Berta?

—Diez mil francos—contestó la doncella con una prontitud acusadora de que los había contado muchas veces.

—¡Oh, estamos salvadas! Con diez mil francos hay más que de sobra para ganar la libertad y la felicidad en el tapete verde.

—¿Usted cree, señorita?—inquirió la fámula, que no sospechaba que se pudieran extraer aquellas cosas de un tapete.

—¡Vaya si creo! Mira. El primer día ganaré sólo cincuenta mil francos. Pero con ellos no podré menos de ganar cien mil al día siguiente. Siguiendo esta proporción, tenemos que la cantidad se va doblando diariamente; de modo que, transcurrida una semana, tendremos millones.

—¡Millones!

—Millones, sí. Haz números y te convencerás.

La doncella no saltó de su asombro. Si en Montecarlo podían convertirse tan fácilmente los miles de francos en millones, ¿por qué no se fueron en seguida a Montecarlo?

“¡Qué tiempo más precioso hemos perdido!” pensó.

* * *

Por la ventanilla penetraban las primeras luces de la aurora. Suaves resplandores de oro. Claridades azuladas.

El tren cruzaba velozmente los campos verdes y húmedos, y una frescura de lozanía primaveral envolvía a Elena, que acababa de despertar de un sueño de esperanzas.

Tenía la cabeza apoyada en el respaldo, y su mirada se perdía en la inmensidad verde y azul del campo y del cielo.

Los segadores saludaban con sus anchos sombreros el paso del tren.

Para los oídos y para el ánimo de Elena, el ruido del tren, el paisaje, la perfumada frescura del ambiente, formaron una sinfonía triunfal y magnífica, que la invitó a cantar.

Y su voz de oro se sumó a la belleza del momento.

*Vuela raudo el tren
hacia el futuro,
dejando tras de sí
el triste pasado.
Tras el horizonte azul*

espera el nuevo día...
Tras el horizonte azul
ya resplandece el sol.
Y volaba el tren hacia una vida

de esperanzas, y en los campos ver-
des, frescos, húmedos, perfumados,
quedaba la estela de oro de la voz
de Elena.

V

En los jardines del Casino, el conde Rodolfo y su fraternal amigo Armando, paseaban y charlaban.

El conde Rodolfo reía al escuchar las palabras de Armando.

¿Qué contaba éste? Era lo mismo. Cualquier cosa. Rodolfo necesitaba muy poco para reír. Joven, simpático, rico, arrogante... ¿Cómo no había de estar satisfecho de la vida?

—He perdido—dijo Armando—lo que pensaba ganar con un mes de constancia. Dime: ¿Cómo te las

arreglas tú para atraer el dinero a tu bolsillo?

—Eso es más fácil que estornudar.

—Explicate, chico, explicate.

—Si no me puedo sentar al lado de una mujer, no juego.

—¿Y si te puedes sentar?

—Le miro el cabello.

—¿Para qué?

—Para ver qué color tiene.

—¿Y qué adelantas con eso?

—Si es rubia, juego a negro; si es morena, juego a rojo.

—¿Qué tontería!

—No falla. Prueba y te convencerás.

—¿Y si tiene el cabello blanco?

—Entonces no tienes más que hacer lo que harías si te vieras en semejante trance en cualquier otra ocasión, es decir, alejarte prudentemente.

De pronto, los ojos de Armando se fijaron con estupefacción en la parte del jardín donde estaba la entrada.

Acababa de irrumpir en las hermosas avenidas, bajo la luz del atardecer, una mujer espléndida, de paso majestuoso, realmente elegante y bellísima.

Aunque estaba aún algo lejos, podían apreciarse ciertos detalles que no dejaban lugar a dudas respecto a su belleza, y entre estos detalles destacaba el de sus ojos que refulgían como estrellas en la penumbra del crepúsculo.

Sus cabellos eran rubios como el oro. Es decir, que habría que jugar a negro.

—¿Tú crees que teniendo al lado a una mujer así se puede ganar?— preguntó Armando.

Y Rodolfo, que también estaba estupefacto contemplando a la recién llegada, contestó:

—Teniendo al lado a una mujer así, no le queda a uno más remedio que perder, que perder el sentido.

Pasó por el lado de ellos, de modo que pudieron verla de cerca y apreciar con todo detalle sus encantos.

Se miraron con estupefacción, como diciéndose: "¿Es sueño o realidad?" Y Rodolfo exclamó:

—Si no hablo esta noche con esa mujer no podré dormir.

—¡Tantas noches pasas en vela!

—Es que además de no dormir estaré tan desesperado, que podría hacer una barbaridad.

—¿Qué barbaridad?

—Ir en tu busca para afeitarte la cabeza, por ejemplo.

—¡Pues vaya un capricho!

—En mi vida he visto una mujer igual.

—Pues si quieres hablarle, no creo que la cosa sea muy difícil.

—¿Qué he de hacer?

—Pues acercarte a ella y empezar a hablar.

—¡Toma! Si tuviera valor para hacer eso, ya no estaría perdiendo el tiempo con esta charla estúpida.

—Muchas gracias.

—Si llevara un perrito para de-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

jarme morder... Si se le cayera algo...

A todo esto, la dama había desaparecido de los ojos de Rodolfo por el recodo de una avenida. Se detuvo al ver que cerca de ella, apoyado en un farol leyendo un periódico, de espaldas, había un jorobado.

Todos sabemos la suerte que una joroba da en ciertas ocasiones. La dama permaneció un momento indecisa. Después pasó lentamente por el lado del jiboso y le pasó la mano por la espalda.

El jorobado se volvió instantáneamente y dijo con tono sonriente y amable:

—Señora, cincuenta francos.

La dama, un tanto corrida, abrió el bolso y le entregó los cincuenta francos. Al alejarse pensaba que con un par de horas que aquel hombre permaneciera allí diariamente, pronto tendría automóvil.

Continuó su camino.

Rodolfo y Armando, que la habían seguido, presenciaron la escena del jorobado.

—¡Es supersticiosa! — exclamó Rodolfo.

—Por ahí le puedes entrar.

—Me falta valor. No sé lo que

me pasa. Es la primera vez que no sé lo que hacer en un caso así. Preséntamela.

—¿Yo? Tendría gracia.

—Mira. Se me ocurre una idea. Te acercas, la aborδας, ella se ofende. Llego yo haciéndome el Quijote y te doy dos bofetadas.

—Será mejor que no te hagas el Quijote.

—Si en algo aprecias mi amistad, haz lo que te pido. No puedes imaginarte el favor que me harías.

La actitud un tanto melodramática que había adoptado Rodolfo, decidió a Armando a complacerle.

Se acercó. Comenzó a decir tonterías, que es lo único que puede decirse en semejantes circunstancias.

Alguna de ellas debió de parecer a la dama demasiado, puesto que se detuvo y, baciendo funcionar el brazo con inusitada rapidez, propinó a Armando una señora bofetada.

Armando se detuvo, llevándose una mano al colorado carrillo.

Se había ahorrado una bofetada, porque Rodolfo pensaba darle dos, pero la recibida valía por cuatro.

Rodolfo se había acreado a él.

—Te ha tomado la delantera —

dijo Armando sin quitarse la mano de la cara.

Entonces Rodolfo hizo un esfuerzo y se acercó a ella.

—Si cree usted que la bofetada que acaba de dar le va a traer suerte, está equivocada. Ni la cara de mi amigo ni la espalda del jorobado han hecho ganar nunca a nadie un solo franco.

Ella continuaba andando con majestuosa indiferencia.

—Yo, en cambio, tengo el secreto de la fortuna. De mi cabello se desprende un misterioso efluvio que atrae el oro como un imán. Toque usted mi cabello y verá cómo desbancan esta noche.

Se había descubierto y le ofrecía la cabeza. La dama miró de reojo los oscuros y brillantes cabellos del galán. Fuera o no verdad lo del efluvio, era lo cierto que aquel joven tenía una voz bien timbrada y una bonita cabeza.

Rodolfo contempló aquel bello rostro. No se movía una sola línea de él. La más absoluta indiferencia se reflejaba en su semblante. Sólo unos veinte pasos la separaban ya de la puerta del Casino.

—¿No quiere seguir mi desinteresado consejo? Entonces la raque-

ta no empujará una sola moneda hacia usted. Yo he cumplido con mi conciencia avisándola. Algún día la veré pidiendo limosna. Pero yo me lavo las manos.

La dama abrió la puerta y la cerró rápidamente, tan rápidamente, que saltó un milímetro para que tropezara con las narices del galanteador.

Rodolfo se quedó petrificado junto a la puerta. Era la primera vez que una mujer replicaba tan áspeperamente a sus intentos de aproximación. Sin duda se encontraba frente a un caso especial, ante una criatura extraordinaria. Sin duda iba a caer el primer borrón en su lista de conquistas.

Pensando en todo esto estaba, cuando la puerta se entreabrió y asomó una mano que le acarició los cabellos.

La mano se retiró en seguida, pero Rodolfo tuvo tiempo de reconocer la mano de nácar de la dama misteriosa.

Armando, que le había seguido, se quedó estupefacto ante este hecho que tanto significaba en favor de las pretensiones de Rodolfo.

Este exclamó lleno de júbilo:

—¡Si gana, el triunfo es seguro!

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Y desapareció detrás de la puerta...

En seguida se enteró Rodolfo de que la encantadora extranjera era la condesa Elena Mara y vivía en el Hotel Palace.

Ella no volvió a ocuparse de su presencia, absorta como estaba en el juego, lo que permitió a Rodolfo observarla a su sabor y convencerse cada vez más de que por una mujer así él sería capaz de todos los sacrificios, incluso el del matrimonio.

Vió cómo su mano de nácar empujaba un billete hacia el número veinticinco.

Rodó la bolita vertiginosamente, y por fin cayó en una casilla.

Cantó el croupier:

—¡Veinticinco!

Los ojos de la condesa brillaron de esperanza, y el croupier empujó hacia ella un montón de fichas.

Por obra de aquellas manos de nieve, todas las fichas quedaron sobre el número 25.

Otra vez rodó la bolita. Se hizo un silencio, y el croupier repitió:

—¡Veinticinco!

Se oyó un murmullo en la sala. Las fichas que la raqueta empujó hasta las manos de la condesa constituían una pequeña fortuna.

Rodolfo, muy emocionado, se dirigió al teléfono para hablar con el Hotel Palace.

—Soy el conde Farriere—dijo— el de las habitaciones 32 y 33. Preparan un comedor reservado para dos.

Estaba seguro de que si la condesa daba un golpe más, la gratitud la llevaría a hacerle preciosas concesiones, ya que, indudablemente, atribuiría su suerte al influjo de su cabello.

Volvió al lado de la mesa. Estaba tan nervioso como si se jugara toda su fortuna. "¡Que gane, que gane!", murmuraba, poniendo en la demanda toda la fuerza de su corazón.

A todo esto, las manos de la condesa habían colocado la pequeña fortuna alrededor del número 25 y sobre él.

También en el rostro de ella se reflejaba la emoción. Su pecho se mecía suavemente a impulso de su respiración anhelante. Sus dedos jugueteaban con las sortijas.

Todos los jugadores estaban pendientes de la condesa.

Rodó la bolita. Se la oyó saltar entre las guías metálicas de los nú-

meros. Y el croupier dijo con voz estentórea:

—¡Veinticinco!

Un murmullo llenó la sala. La pequeña fortuna de la condesa se había multiplicado en pocos segundos por treinta y cinco.

Rodolfo vió el cielo abierto. Los labios de Elena se desplegaron en una sonrisa que mostró los diamantes de sus dientes.

Un gran montón de fichas de cinco mil francos se sumaron a las que ya poseía la condesa.

El conde Rodolfo se veía ya cenando con la condesa Elena en la intimidad de un comedor reservado.

Pero, de pronto, un murmullo de sorpresa llenó la sala. Todas las miradas se habían concentrado en las manos de la condesa, que volvían a empujar todas las fichas sobre el número 25.

Era una locura. Aquella mujer haría saltar la banca si de nuevo se

daba su número; pero, ¿era de esperar que se diera después de haber salido tres veces consecutivas?

Un gesto de profundo desaliento se reflejó en el semblante del conde Rodolfo. Ya no había cena. Ya no había intimidad en el comedor reservado.

Volvió a oírse el rodar de la bolita.

Después cantó el croupier un número que no era el 25. Los ojos de la condesa y los del conde quedaron un momento fijos en aquella diabólica bolita que se les había llevado, a ella una fortuna, y a él algo más valioso aún: la felicidad.

La condesa Elena extrajo del bolso una borla de los polvos, se dió unos toquecitos, especialmente en la nariz, y salió de la sala de juego.

El conde Rodolfo la siguió, pero no se atrevió a acercarse a ella. La condesa iba tan absorta en su desgracia, que no se dió cuenta de que la seguían.

VII

Cuando entró en las magníficas habitaciones que había alquilado en el Palace, encontró a Berta enfrascada en una serie interminable de operaciones aritméticas.

Había llenado ya varias cuartillas y le quedaba aún un buen montón de ellas en blanco. Primero calculó lo que la condesa ganaría dando al 25 los cuatro golpes que se había propuesto dar.

Después procedió a calcular lo que daría de sí aquella cantidad formidable que resultó de las repetidas multiplicaciones por treinta y cinco.

Cuando entró la condesa Elena le dió cuenta de las novedades más importantes:

—He contratado un chofer, dos ayudas de cámara y un peluquero. Además nos han prometido que mañana tendremos a nuestra disposición las otras cinco habitaciones.

La condesa Elena no tuvo valor para revelar la terrible verdad.

—Ya me darás mañana cuenta de todo. Ahora estoy cansada y tengo mucho sueño.

Berta se dispuso a ayudarla en la tarea de desnudarse, pero ella se opuso.

—Gracias. No te necesito.

Y cerró la puerta de su dormitorio.

Le parecía como si la cabeza se le hinchara por momentos. Vagamente se daba cuenta de que muy

pronto sobrevendría una verdadera catástrofe. Muy pronto, tan pronto como le presentaran la primera factura.

Lentamente se fué desnudando. El magnífico vestido fué arrojado de cualquier modo sobre un sillón, y la chaise-longue comenzó a llenarse de delicadas prendas íntimas.

A la luz sonrosada y tenue, tamizada por las pantallas de tonos suaves, iban apareciendo jirones de blancura como en el cielo los trozos de azul cuando las nubes empiezan a desgarrarse después de la tormenta.

Una tras otra, cayeron las dos medias sobre una banqueta cercana al lecho, y finalmente algo muy breve y ligero que parecía un vestido de niña. Era la prenda más íntima de la condesa Elena, la prenda que, al deslizarse por debajo de los pies, había dejado visible, en toda su magnificencia, aquella estatua de blancura deslumbrante.

La maravilla desapareció bajo los encajes del camisón, primero, y después tras las holandas de aquel lecho digno de una reina.

Al mismo tiempo, en otra habitación del hotel, un hombre pasaba nerviosamente. Era el conde Rodol-

fo, que no cesaba de pensar en su infortunio. Cuando ya la consideraba suya, la perdió, como ella había perdido una fortuna cuando la creía de su propiedad.

Haciendo deducciones llegó a la conclusión de que ya estaba acostada. Las fuertes emociones de la tarde le habrían quitado las ganas de cenar.

Sabía el número de su teléfono, e hizo rodar el marcador decididamente.

La condesa Elena descolgó el auricular con un gesto de hastío, y al oír la primera galantería lo volvió a colgar con un movimiento de indignación.

Sonó de nuevo el timbre, y entonces la condesa descolgó el auricular y lo dejó sobre la mesilla de noche.

Fué peor el remedio que la enfermedad. En el silencio de la habitación resonaban perfectamente las palabras del audaz y desconocido adorador, el cual terminó entonando una canción que, muy a pesar suyo, interesó a Elena hasta el punto de que se aplicó el auricular al oído y no volvió a dejarlo sobre el teléfono hasta que el canto no terminó.

Fué lo único un poco agradable que la condesa halló en aquel primer día de su estancia en Montecarlo.

VIII

Roberto estaba desesperado. En una semana había hecho funcionar más de quinientas veces el teléfono y le había enviado otros tantos ramos de flores, sin conseguir absolutamente nada.

Estaba seguro de que Elena ni siquiera sabía qué cara tenía él. No era para ella ni más ni menos que uno de los que formaban parte de la legión de pretendientes que no la dejaban ni a sol ni a sombra.

Estas lamentaciones se hacía Rodolfo paseando por el parque con Armando, cuando éste exclamó:

—Mira. Allí viene.

En efecto, allí venía rodeada de

un ejército de caballeros a los que ni siquiera prestaba atención.

Cuando pasó por delante de ellos, Rodolfo le dió un sombrerazo, pero ella no contestó. No lo había visto, pero, de verlo, habría hecho como que no lo veía.

—¿Ves?—exclamó Rodolfo desolado.

—Veo—repuso Armando lacónicamente.

—Con una mujer así, ¿qué esperanzas puede tener uno?

—Es verdad, ¿qué esperanzas puede tener uno?

—Ni siquiera contesta a los saludos.

—Es una mal educada.

—¿Qué hacer?

—Muy sencillo.

—Habla. ¿Qué puedo hacer?

—No volver a ocuparte de ella.

—¡Valiente necedad se te ha ocurrido!

En este momento, un joven que ocupaba el banco inmediato, saludó a la condesa.

¡Y la condesa contestó!

Rodolfo se le quedó mirando admirativamente. Se trataba de un joven—que Dios le perdonara—bastante ridículo. Llevaba un chaleco de fantasía, una flor en el ojal y un bigotillo que le cubría un tercio del labio superior.

Pero todo eso no importaba para que Armando le considerara un verdadero héroe.

Había conseguido que la condesa contestara—¡amable y sonriente!—a su saludo. Decididamente, aquel joven tenía recetas procedentes de algún fakir auténtico.

Rodolfo se acercó a él y se sentó a su lado.

Al joven del bigotillo no le extrañó verle seguir con los ojos a la condesa y oírle lanzar un profundo suspiro.

—Es hermosa, ¿verdad?—pre-

guntó el sonriente joven a Rodolfo.

—¡Vaya si es hermosa!—contestó éste como un eco.

—Pues viéndola en la calle no se puede apreciar bien su belleza. Hay que verla por las mañanas, al levantarse, envuelta en una magnífica *négligée*... ¡Qué garganta, qué brazos! ¡Una maravilla!

Rodolfo le miraba estupefacto. El hecho de que aquel hombre la viera en *négligée*, podía querer decir mucho.

Como el afortunado joven la miraba, tuvo que sonreír, pero, en el fondo, de buena gana le habría dado un puñetazo.

—Por lo visto es usted como de casa.

—¡Oh, sí!—repuso el del bigotillo jactanciosamente—. Antes vivía en el Grand Hotel, pero me mudé al Palace por complacerla a ella. ¡Lástima que no tenga dinero!

Ante esta indigna exclamación, Rodolfo encontró la oportunidad para demostrar a aquel hombre todo el odio que hacia él sentía, y le dirigió una mirada tan feroz, que el joven de flor en el ojal se estremeció de pies a cabeza y suplicó enlazando las manos:

—¡Por Dios, no me descubra! Yo

no soy lo que usted se figura. Soy únicamente su peluquero.

Al oír estas palabras, el rostro de Rodolfo cambió radicalmente de expresión. Una intensa alegría se difundió por él. Finalmente, el conde se echó a reír a carcajadas.

—¡Me parece magnífico lo que usted me dice!—exclamó ingenuamente.

—¿De veras?—inquirió el peluquero recelosamente.

—¡Y tan de veras!! ¿Cómo se llama usted?

—Paul.

—Pues venga esa mano, amigo Paul.

Se dieron un fuerte y cordial apretón.

—Usted y yo tenemos que ser grandes amigos.

—Con mucho gusto.

—Tenemos que hablar de cosas muy interesantes.

—Perfectamente.

—Sí, amigo Paul, sí. Le aseguro que no le pesará.

Armando, que desde lejos había seguido esta desconcertante escena, se acercó.

Rodolfo le presentó inmediatamente.

—Armando, mi mejor amigo...

Paul, mi mejor amigo... Es decir, mis dos mejores amigos.

Cordiales apretones de manos, que Rodolfo amenizó con golpes a la espalda de sus dos mejores amigos.

—Ahora—dijo Rodolfo—, vamos a mi habitación para hablar de cosas muy importantes. Tengo exquisitos licores que alegran el corazón. ¡Bravo, amigo Paul, bravo! Me dan tentaciones de llamarle a usted Paulito. Y a ti Armandillo, querido Armando.

—Mientras no me llames armandillo, que es un animal bastante feo y costoso...

Paul estaba un tanto sorprendido ante el desbordamiento de júbilo que su nuevo amigo demostraba, pero no vaciló en acompañarle a su habitación del hotel, donde, reunidos los tres en torno a una mesa, bebieron y hablaron.

La conversación fué interesantísima.

En ella quedó acordado que Paul cedería a Rodolfo su puesto de peluquero, que era tanto como cederle una hora de intimidad con la encantadora Elena.

Hubo brindis en abundancia. Tal era la alegría de Rodolfo, que in-

eluso improvisó una canción de la que formaban parte las siguientes estrofas:

*¿Para qué estudiar
y griego aprender,
si gloria has de ganar
peinando a la mujer?*

*¿Para qué trabajar
y el tiempo perder,
si bien puedes medrar
peinando a la mujer?
¿Por qué padecer
si puedes vivir,
comer y reír
peinando a la mujer?*

IX

En el tren que se dirigía a Viena y que, por consiguiente, había de pasar por Montecarlo, viajaban el duque Otto y su secretario.

Ahora estaba éste solo en el departamento.

De pronto se abrió la puerta que daba al pasillo y apareció el duque riendo a mandíbula batiente.

—¡Graciosísimo!—exclamaba.

Se sentó al lado del secretario, y cuando la risa se lo permitió, dijo:

—Acabo de oír un chiste estupendo. Me lo ha contado el revisor. Verá usted. Sabiendo que ella es

hermosa y joven, que huye de una boda con tanta prisa que no ha podido ponerse el vestido de novia y que se dirige a Montecarlo, ¿cuántos años tiene el esposo? Parece una tontería, ¿verdad? Pues bien, no es una tontería. El esposo es viejo o imbécil.

La mirada terrible del secretario cortó en seco su hilaridad.

—¿Por qué me mira usted así?

—Porque esa mujer joven que huyó en combinación de una boda, es la condesa Elena.

—¡Caramba! ¡Pues es verdad!

¿Entonces el viejo o imbécil?...

—Usted—contestó el secretario inclinándose respetuosamente.

* * *

Rodolfo se presentó con su maletín y vestido con su pintoresco uniforme de peluquero en las habitaciones de Elena.

Berta se quedó un poco extrañada al verle.

—¿No viene Paul?

—Paul ya habló por teléfono con la señora diciéndole que me enviaría a mí durante sus vacaciones. La señora le dió su conformidad.

—Perfectamente. ¿Le ha instruido a usted Paul acerca del comportamiento que debe observar al lado de la señora condesa?

—Sí, me ha instruido.

—Eso es muy importante. De no ajustarse rigurosamente a las normas de la casa, la señora le despediría en el acto. Recuerde, sobre todo, que no ha de hablar del juego ni de dinero.

—Ya sé que de eso no he de hablar.

—No debe usted hablarle de nada...

—Perfectamente. Me conduciré como si estuviera mudo.

—Y, sobre todo, no flirtee nunca con las camareras. Eso le pone a mi señora los nervios de punta.

—Al cabo de la calle.

—Ahí le pondría la señora si le sorprendiera flirteando con las camareras.

—Nunca tuve predilección por ese gremio femenino.

—Pero tenga usted en cuenta que yo no soy camarera.

Y, al decir esto, Berta, la doncella ejemplar, miraba a Rodolfo de un modo cinematográfico.

Pero Rodolfo estaba impaciente por ver la *négligée* y, especialmente, lo que había dentro.

—Llame usted a la señora condesa. Estoy listo para el trabajo.

Berta obedeció.

Dió unos golpecitos en la puerta del dormitorio y dijo inmediatamente:

—El peluquero, señora.

—Voy en seguida —repuso desde el fondo de la habitación una voz que pareció a Roberto un poema musical.

Poco después se abrió la puerta y apareció Elena envuelta en su *négligée*.

Se quedó un tanto sorprendida al ver al nuevo peluquero.

¿Porque reconoció en él a uno de sus pretendientes? No. Sencillamente, porque le parecía un hombre extraordinario, cuando menos exteriormente.

Al ver que Berta le contemplaba también embelesada, le ordenó:

—Véte. Ya no te necesito.

Y cuando quedó a solas con el peluquero, le preguntó fingiendo una altivez y una indiferencia que estaba muy lejos de sentir:

—¿Cómo se llama usted?

—Rodolfo.

El bonito nombre impresionó vivamente a la condesa.

—¿Rodolfo?

—Para servir a la señora condesa—contestó el peluquero cortés y sonriente.

Ella le volvió la espalda con un movimiento que no estaba de acuerdo con su estado de ánimo.

—No me gusta ese nombre. ¿Por qué no se llama Paul como su jefe?

—No sé, señora condesa. Y lo malo es que ya no lo puedo averiguar. Los autores del capricho, es decir, mis papás, ya no viven, desgraciadamente.

—Bueno, bueno—dijo Elena con

tono impaciente ante la excesiva locuacidad del peluquero—. Yo le llamaré Paul.

—La señora condesa puede llamarme como le venga en gana.

—¿Es usted muy práctico en su oficio?

—Modestia aparte, señora, soy uno de los peluqueros mejores de Montecarlo.

—¿Ha servido usted a damas aristocráticas?

—Siempre fueron mi especialidad. Tengo una larga lista de las damas a las que he prestado servicios que a ellas parecían preciosos.

—No recuerdo haberle visto nunca en este hotel.

—Es que las damas, señora condesa, preferían venir a mi casa.

—Bien. Pues desde ahora estará usted a mi exclusivo servicio.

—Es una exclusiva que me honra mucho, señora condesa.

Entonces, la condesa Elena, hizo una de las suyas.

Se dirigió al fondo de la estancia, se sentó ante el tocador y dijo en son de llamada:

—Rodolfo.

—Mándeme la señora condesa—repuso Rodolfo servicialmente.

Pero la señora condesa, en vez

de agradecerle aquella prontitud, le nombre era Paul?

—Es verdad, Perdone la señora

condesa.

—¿No le he dicho a usted que su

condesa.

X

En esto sonó una llamada telefónica.

La condesa descolgó el auricular. Rodolfo la vió cambiar de expresión.

—¿Rodolfo?... Sí, aquí está.

Dejó el transmisor sobre la mesa e indicó al peluquero que era a él a quien llamaban.

Era Armando. Paul se había olvidado de darle algunas instrucciones muy importantes. Paul estaba con él. Si se veía en algún conflicto no tenía más que llamarle por teléfono y él le diría lo que tenía que hacer.

—Perfectamente... Pero tengan en cuenta que no me llamo Rodolfo.... Me llamo Paul.

Durante la conversación telefónica, que no había sido precisamente un modelo de brevedad, la con-

desa no cesó de teclear sobre el tocador nerviosamente.

Cuando Rodolfo dejó el aparato, la condesa exclamó:

—Que sea la última vez que use mi teléfono para sus asuntos particulares. Mis sirvientes no pueden recibir llamadas telefónicas.

—Perfectamente, señora condesa. Mi deseo es tener contenta a la señora condesa.

—Y no sea tan excesivamente amable. Resulta usted empalagoso.

—Es verdad, señora condesa.

—¡Cállese!

—Perfectamente.

—Desde que ha entrado aquí no ha hecho otra cosa que ponerme nerviosa. Es usted insoportable.

Cogió un libro que había sobre el tocador y lo abrió al azar por una página cualquiera.

—Puede usted empezar, Rodol-



— ¡Libre!



... todas las fichas quedaron sobre el número 25



Los ojos de la condesa y los del conde quedaron un momento fijos en aquella diabólica
belleza



...bebieron y hablaron.



... y se dejaba acariciar los cabellos con un gesto de ineludible complacencia.



.. pero fueron las de Rodolfo las que aprisionaron la suya.



...y le echó al cuello los brazos.



Permanecieron un buen rato el uno en brazos del otro.

La cogió en brazos y la condujo a la
chaise-louge.



Allí continuó el delirio pasional.



Extraje del material la mequinita.



... y que la estrechaba dulcemente.

lo—dijo, absorta ya en la lectura, que por cierto debía de ser muy alegre, puesto que los primeros párrafos arrancaron sus primeras sonrisas.

Se interrumpió para volverle a llamar.

—¡Vamos, Rodolfo! ¿Se ha empeñado usted en hacerme perder la mañana?

Pero Rodolfo permanecía mudo e inmóvil como una estatua.

La condesa se volvió para dirigirle una mirada llameante.

—¿Oye usted?

—Yo no me llamo Rodolfo, señora condesa.

—Es verdad. Ha conseguido usted que ni siquiera sepa lo que digo. Puede usted empezar, Paul.

El peluquero obedeció inmediatamente.

Extrajo del maletín el paño que sujetó al cuello de Elena y en seguida el peine con el que se recreó más de la cuenta pasándolo y volviéndolo a pasar por aquella cascada de seda y de oro.

La condesa continuaba leyendo el divertido libro.

De súbito dió al peluquero esta orden espantosa:

—Córteme a la Marotte.

Rodolfo quedó estupefacto. Después dirigió al teléfono una mirada angustiosa. ¡Si él pudiera preguntar a Paul qué significaba aquello de a la Marotte!

¿Quién había de decirle que la operación de cortar el pelo pudiera tener nombres de personas? ¿Quién sería aquella Marotte del demonio?

—¿Qué espera usted?—preguntó Elena apartando un momento la vista del libro—. ¿Es que no ha cortado nunca el cabello a la Marotte?

—¡Por Dios, señora! ¿Cómo ha podido ocurrírsele esa pregunta? Lo he cortado a lo Marotte, a lo Marat, a lo Musset y a lo Rousseau.

Y en seguida comenzó a hacer sonar las tijeras.

Intentó introducirlas por la derecha y por la izquierda, por arriba y por abajo, pero se detuvo al comprender que, una vez introducidas, no sabía qué hacer.

Por fin, obedeciendo a una inspiración repentina, cogió con los dedos un manojo de las sedosas hebras y cortó la punta.

Los cabellos se anillaron graciosamente. Eran suavísimos como el terciopelo. Olían a gloria.

Rodolfo dejó las tijeras a un la-

do, contempló lo que para él equivalía a una preciosa joya y, después de olerlos y acariciarlos hasta saciarse, los guardó cuidadosamente en un dije.

Después volvió a perder el tiempo acariciando aquella preciosidad de cabellera. Sin darse cuenta de lo que le sucedía, la condesa había dejado el libro y se dejaba acariciar los cabellos con un gesto de indudable complacencia.

De pronto, al darse cuenta de su actitud que sin razón calificó de estúpida, cambió de expresión y otra vez fijó en el peluquero una mirada furibunda.

—¿A esto llama usted cortar el cabello a la Marotte?

—¡Oh, señora condesa!—exclamó Rodolfo con tono sincero—. Es que no tengo valor para cortar unos cabellos tan hermosos.

—¡Es usted insoportable! ¡Váyase y que no vuelva a verle más!

Al verse perdido, Rodolfo imploró casi con lágrimas en los ojos:

—¡Por Dios, señora condesa! ¡No me deje usted sin pan! ¿Qué será de mí si usted me despide?

—¡Basta! Continúe y termine pronto.

Y de nuevo la áurea cabeza se entregó a las manos del genial peluquero.

XI

Rodolfo comprendió que era preciso hacer algo. El truco de hacer sonar las tijeras mientras con los

dedos de la otra mano le daba tirocitos de los cabellos, no podía prolongarse.

Entonces tuvo uno de sus rasgos de audacia. "A Roma por todo", se dijo.

Y, cogiendo la botella de jabón líquido, la vació en la cabeza de Elena.

El jabón comenzó a caerle a chorros por la frente, por las orejas, por la nuca.

Elena comenzó a lanzar furiosos gritos.

—¡Usted no es un peluquero! ¡Es un asesino de mujeres! ¡Ay mis ojos! ¿Qué demonio me ha echado usted en la cabeza? ¿Se cree que lo he llamado para que me dé una ducha?

Rodolfo no sabía dónde acudir. Si se cuidaba de que el jabón no se le introdujera por los ojos habría de desmenuar las orejas y si se preocupaba de las orejas habría de dejar libre el camino de la espalda al torrente de jabón.

Por eso no se preocupó de los oídos, de los ojos ni de la espalda.

Sus manos friccionaban rápidamente la adorada cabeza donde, como por encanto, había surgido una montaña de espuma que crecía por momentos.

—¡Quítame eso de la cabeza!— protestó la víctima.

Rodolfo obedeció en el acto.

La tuvo que conducir hasta el lavabo porque ella sola no podía andar ya que el jabón le impedía abrir los ojos.

Durante el trayecto no cesó de proferir palabras amenazadoras.

Tan indignada estaba, que ni siquiera pudo darse cuenta de que un brazo de Rodolfo rodeaba su cintura.

—¡Esto es horrible! ¡Acabaría por volverme loca!

Pero Rodolfo no la oía. Estaba absorto en lo que para él significaba el contacto de su brazo con aquella cintura flexible, cálida, suavísima.

Cuando se dió cuenta había dado varias vueltas a la habitación y pasado otras tantas ante el lavabo.

—¿Dónde me lleva usted?— protestó Elena.

Entonces volvió Rodolfo a la realidad y condujo a la condesa hacia el lavabo.

Colocó la castigada cabeza debajo del grifo y abrió éste con tanta fuerza, que las salpicaduras del agua llegaron hasta el último rincón del gabinete.

La condesa experimentó la misma sensación que si de pronto hu-

bieran hecho funcionar sobre su nuca una bomba de apagar incendios.

Después vino la parte más dura del martirio. Los dedos torpes del peluquero se enredaban en los cabellos mojados arrancando a la condesa gritos de angustia.

Por fin llegó el anhelado momento de secar el cabello eléctricamente.

La condesa estaba como si acabaran de darle una paliza. Se desplomó en el silloncito que había delante del tocador y pudo comprobar en el espejo que estaba pálida como si acabara de salir de una enfermedad.

—¡Horror! Si esto hubiera durado más no sé qué habría sido de mí. Ya puede marcharse.

—He de peinarla aún, señora condesa.

—He dicho que se vaya. Necesito descansar. Tengo un dolor de cabeza tremendo. ¡Váyase o no respondo!

—Un momento... Tenga la bondad... Verá cómo el dolor de cabeza le desaparece en seguida.

Y antes de que ella pudiera evitarlo, las manos de Rodolfo se apoyaron en la frente de terciopelo e

insinuaron un masaje que produjo efectos inmediatos.

La condesa cerró los ojos con una sensación de placer.

¿Qué prodigio encerraban las yemas de aquellos dedos que tuvieron la virtud de convertir instantáneamente su dolor en felicidad?

Era algo indefinible. Una caricia dulcísima que llegaba directamente al alma. Algo que deleitaba y adormecía.

La condesa se abandonó completamente a aquellas manos, lanzando exclamaciones de placer que no era dueña de reprimir.

—¡Qué divina embriaguez! Es como si tuviera electricidad en las yemas de los dedos...

Y por fin suplicó:

—¡Basta, basta!...

Al mismo tiempo había levantado una mano para sujetar las de Rodolfo, pero fueron las de Rodolfo las que aprisionaron la suya.

—¡Cuánto me alegro de haber podido al fin complacerla!—exclamó Rodolfo.

—Yo también. Ahora me convengo de que es usted un peluquero excelente. Queda usted contratado. Venga todos los días.

Pero a Rodolfo se le ocurrió una

idea mucho mejor aún. Para evitarse el tener que ir yendo y viniendo se instalaría allí, en las habitaciones de los criados.

Un buen servidor nunca está de más en una casa.

La proposición fué aceptada sin vacilar por la condesa Elena.

XII

Armando se quedó estupefacto al ver a Rodolfo vestido de chofer y guardando un auto que estaba junto a la acera.

—¿Eres tú, Rodolfo?—preguntó como si no pudiera creerlo hasta comprobarlo por el tono de su voz.

—El mismo que viste y calza.

—Pero ¿no quedamos en que eras peluquero?

—Eso era. Ahora, además, soy chofer y portero, y pronto seré también ayuda de cámara. Hasta que me quede solo con ella no he de parar.

—Rodolfo, tú estás jugando con fuego y te vas a quemar.

—¿Más todavía de lo que estoy? Pero si soy un ascua. Y es que, Armando, esa mujer quema con la mirada, con la sonrisa, con el perfume de su cuerpo. Aunque esté uno a veinte metros de ella se chamusca.

—Tú, por lo visto, estás hecho un picatoste. ¿Habéis salido de compras?

—Todo lo contrario.

—¿Qué quieres decir?

—Que hemos venido a pagar lo que ya teníamos comprado.

—Me pareció oír decirle a Paul que la pobre andaba mal de dinero.

—Esa es la triste verdad—suspi-

ró Rodolfo—. Ella cree que yo no sé nada, pero estoy al cabo de la calle. ¡Pobrecilla! Hoy ha recibido tantas reclamaciones, que no ha tenido más remedio que salir a aplacar los ánimos.

—Si tanto la amas, bien podías tú ayudarla en este difícil trance de su vida.

—¿Ayudarla? Eso se dice muy pronto. ¿Cómo hacerlo sin ofenderla? Varias veces he estado a punto de insinuarle algo, pero no me atrevo.

—De poco tiempo a esta parte te has vuelto la mar de tímido.

—Es verdad, Armando. Esta mujer me ha trastornado de pies a cabeza. Ni yo mismo me conozco.

En este momento salió la condesa de la tienda donde se hallaba y Rodolfo, al verla, dijo a Armando en voz alta:

—Si vuelve usted a hacerme preguntas acerca de la señora condesa, me verá precisado a no contestarle, caballero.

Y abrió la portezuela del coche para dar paso a Elena, hizo a Armando un guiño de inteligencia y, muy serio, empuñó el volante, poniendo en marcha el automóvil.

* * *

Cuando llegaron al Palacio, Elena daba muestras de profundo abatimiento.

Se encerró en sus habitaciones y poco después Rodolfo recibió aviso de que la señora condesa deseaba hablarle de algo de suma importancia.

Rodolfo se apresuró a acudir a la llamada y se quedó de piedra al oír que Elena le decía:

—Rodolfo, no tengo más remedio que despedirle a usted.

Comprendió el motivo en seguida y ello le tranquilizó, pero había de seguir fingiendo que lo ignoraba si no quería delatarse. Por eso exclamó aparentando una desesperación profunda:

—Usted no puede despedirme. Lo he abandonado todo por servir en esta casa. Si en algo he disgustado a la señora condesa, yo le agradeceré me lo diga y puedo asegurarle que me enmendaré.

Pero la condesa sonrió amargamente:

—Usted es un servidor ideal y creo que bien se lo he demostrado en todo momento. Pero... no tengo

más remedio que despedirle. No, no me pregunte por qué, pues no se lo puedo decir.

Al verla tan decidida, Rodolfo creyó llegado el momento de desmascararse. Por eso comenzó a balbucir:

—Condesa, yo... Quiero hacerle una confesión muy importante. Yo no soy...

Pero la condesa, que creía que la confesión importante iba a referirse exclusivamente a una cuestión sentimental, y que, aunque inconfesadamente, tenía este momento, se negó a escucharle.

—Le agradeceré que no me diga nada. No puedo oírle. Es preciso que se vaya y le suplico me obedezca sin someterme a explicaciones enojosas.

—Usted no sabe...

Pero no pudo seguir. En este momento sonó el timbre de la puerta y Elena le ordenó que fuera a abrir.

Obedeció, visiblemente contrariado, porque ya que había tenido el atrevimiento de empezar, hubiera querido llegar hasta el fin.

Abrió la puerta. En el umbral apareció el duque Otto, sonriendo tan felizmente como si fuera a casa de una mujer que previamente le hubiera citado.

Rodolfo no tenía la menor noción de la existencia de aquel prometido de la condesa. Por eso le dirigió una mirada llena de fría gravedad y le preguntó:

—¿Qué desea usted?

—¿Son éstas las habitaciones de la condesa Elena Mara?

—Sí, señor. ¿Qué se le ofrece?

—Hablar con la señora condesa.

—No es usted el primero que viene con semejante pretensión. ¿Y sabe lo que nosotros hacemos con los visitantes de su calaña? Pues les damos con la puerta en las narices.

Y uniendo la acción a la palabra, dió un portazo que puso en peligro de muerte el monóculo del duque.

Menos mal que Berta había llegado a tiempo de ver la cara del visitante y se apresuró a corregir el error.

XIII

Rodolfo se quedó boquiabierto al ver que Berta corría hacia la puerta exclamando:

—Pero ¿qué hace usted? ¡Si es el señor duque!

Y volvió a abrir la puerta dando entrada amablemente al visitante.

Además se deshizo en excusas.

—Perdónelo, señor duque. Es un criado nuevo y no le conoce. Encontrará a la señora condesa en su cuarto. Aquélla es la puerta.

El duque Otto experimentó por un momento el placer de los dioses, es decir, de la venganza.

Con un gesto altivo y como diciendo: "Chúpate esa", entregó a Rodolfo el abrigo, el sombrero y el bastón, y sintió no llevar más cosas para poder demostrarle de un modo más pesado su superioridad.

Con ojos desorbitados por el asombro, Rodolfo siguió con la mirada al duque Otto hasta que hubo desaparecido detrás de la puerta del dormitorio de la mujer de sus sueños.

Cuando reaccionó se despojó rápidamente de cuanto el detestado duque le había colgado confundiendo su cuerpo con una percha, y preguntó a Berta:

—Pero ¿quién es ese hombre?

—El prometido de la señora condesa—contestó la doncella—. ¿Verdad que parece bobo? Pues bien, es mucho más bobo todavía de lo que a primera vista parece.

Rodolfo estaba como el que ve visiones. Era inconcebible que aquel hombre pudiera despertar la menor emoción en el fino corazón de su

adorado tormento, pero era indudable que aquel hombre tenía derecho a penetrar en su dormitorio como Pedro por su casa y él sólo podía hacerlo disfrazado y teniendo que esperar a que le llamaran.

En seguida presumió dónde podía radicar el peligro acerca de aquel hombre estúpido y preguntó a Berta:

—¿Tiene dinero?

—Un fortunón.

Y entonces exclamó Rodolfo:

—¿Es preciso salvarla!

Exclamación que Berta no llegó a comprender.

* * *

Entretanto el duque y la condesa se habían enzarzado ya en un interesante diálogo.

Ella, que por lo visto le había recibido amablemente, estaba diciendo:

—He huido tres veces de ti por hacerte un bien, mejor dicho, para evitar la tentación de hacerte algún mal. Pero hay momentos en la vida en que hemos de sacrificar nuestros buenos propósitos.

—Naturalmente—exclamó el duque con alegría—. Hay ocasiones en que uno quiere ser bueno y no lo dejan. Pero qué cosas dices, Elena. ¿Cómo puedes hacerme mal tú a mí? Todo lo que de ti venga es para mí un gran bien.

Tanta estupidez acabó de desesperar a Elena.

—Te necesito, lo confieso—dijo francamente—. Pero ¿sabes por qué?

—¡Oh, qué me importa! Con que me necesites basta para que me considere el más feliz de los mortales.

—Pues te necesito porque las cuentas se amontonan cada vez más.

—No te preocupes. Mañana mismo lo pagaremos todo.

Cada vez más exasperada, Elena exclamó:

—Por eso y sólo para eso te necesito; para que me pagues las cuentas. Más claro; si me casara contigo sería únicamente por el dinero.

Contra lo que esperaba, la alegría del duque Otto aumentó al oír estas ofensivas palabras.

—Realmente—exclamó con tono admirativo—eres una mujer excepcional. No podría encontrar otra mujer en el mundo que tuviera la franqueza de decirme que se casa

conmigo por el dinero. ¡Magnífico! Lo malo sería que dijeras lo contrario de lo que piensas. Por algo estoy tan enamorado de ti.

Decididamente se tendría que casar con aquel hombre. No había salvación posible.

El duque Otto seguía dando muestras de júbilo.

—Así debían ser todos los matrimonios. Un cónyuge se ha de completar con el otro. Tú eres hermosa y yo soy feo. Tú eres pobre y yo soy rico. ¡Oh, qué vida tan feliz nos espera!

Y para expresar mejor su alegría comenzó a cantar:

*Si tú me amas
fiel te seré.
Soy millonario
y estafalario.
Fiel te seré.
Castillos construiré*

*sólo para tí.
Castillos en el aire
Yo te amaré.*

Ella le suplicó que la dejara.

—¿Cómo no? Con mil amores— contestó el duque—. ¿Qué no haré yo si me lo pides tú?

Y salió cantando del dormitorio después de besar la mano de su adorada y franca Elena.

Cuando estaba en medio del recibimiento consideró que el canto era poco para manifestar su alegría y comenzó a bailar.

Rodolfo se tranquilizó considerablemente al advertir la cantidad de estupidez que encerraba aquel raquítico cuerpo.

Y se apresuró a darle el sombrero, el abrigo y el bastón. E incluso le abrió la puerta y le sonrió muy amablemente. No sabía por qué, le parecía que iba a jugar alguna travesada a aquel pobre millonario.

XIV

Inmediatamente le mandó llamar la condesa e inmediatamente también acudió Rodolfo a la llamada.

Estaba contenta. Sus ojos relampagueaban alegremente.

—Rodolfo, ya no necesita usted marcharse.

Rodolfo comprendió. Elena estaba dispuesta al sacrificio. Se iba a casar con el duque con tal de poder atender a las deudas que la abrumaban.

Disimuló, sin embargo.

—¡Cuánto me alegro, señora condesa! ¡No puede imaginarse el placer que para mí representa servir en esta casa! Estar aquí siempre, cerca de...

—Lo comprendo — le atajó la condesa temiendo que iba a decir lo que precisamente no iba a decir.

Pero esta vez Rodolfo estaba dis-

puesto a salirse con la suya. No podía retrasar un momento más su propósito de hablar a Elena francamente. No necesitaba para nada el dinero del duque, puesto que allí estaba el suyo.

Esto era, ni más ni menos, lo que quería e iba a decirle.

—Le ruego que me escuche. Quiero decirle algo muy importante.

La condesa se resignó a escucharle. Rodolfo había adoptado una actitud tan grave que contrariarle habría sido peligroso.

—Yo, señora condesa, no soy...

Se detuvo. Las fuerzas le faltaron en el momento culminante y dijo lo que no iba a decir:

—No soy pobre, y si usted me lo permite...

La condesa se sintió más condesa

que nunca, e irguiéndose altivamente, le atajó:

—Nadie le ha autorizado a usted para hacerme semejante proposición.

—Comprendame... He querido decir que no gané mi fortuna peñando señoras.

La curiosidad pudo más que el orgullo en el alma de la condesa.

—¡Ah! ¿No?—preguntó.

—No. La heredé.

—Entonces—preguntó la condesa recelosamente—, ¿por qué se dedica a una profesión tan poco distinguida?

—No me he expresado bien. Lo que heredé no fué la fortuna: fué la suerte que para el juego tenía mi padre.

El semblante de la condesa se ensombreció al oír nombrar el juego.

—No me hable de eso, haga el favor.

—¿Por qué?

—Porque me recuerda la fortuna que perdí la primera noche de mi estancia en Montecarlo.

—Es que ahora se le ofrece la ocasión de recuperarla.

La firmeza que había en el tono

empleado por Rodolfo intrigó decididamente a Elena.

—¿Usted cree?

—Tengo la completa seguridad. Yo no puedo perder.

—¡Es asombroso!

—Y muy sencillo. ¿Sabe usted lo que ha de hacer para ganar? Pues, si estoy al lado de una morena, jugar a encarnado, y si estoy al lado de una rubia, jugar a negro. Pero las prefiero rubias. Una rubia no me representa nunca menos de quinientos mil francos.

—Entonces... — insinuó Elena con un movimiento de pueril esperanza.

Se detuvo sin atreverse a terminar su imprudente proposición, pero era inútil porque Rodolfo había adivinado lo que ella dejó de decir.

—Entonces, si voy con usted, que es rubia como el oro, ganaré lo menos un millón.

—¡Oh, eso es imposible!—exclamó tristemente la condesa.

—¿Por qué?

—Porque no puedo ir al casino con mi peluquero. ¿Qué diría la gente?

—Si me visto de frac no me conocerá la gente. Verá como puedo

pasar muy bien, si no por un duque, si por un conde.

—¿Y está usted seguro de que ha de ganar?

—Segurísimo.

—Entonces ahí va mi mano. Esta noche, a las nueve.

—Entraré a buscarla vestido de frac.

—Nos iremos en seguida al casino...

—Y regresaremos una hora después con los bolsillos rebosantes de billetes.

—¡Oh, Rodolfo! — exclamó la condesa deslizándose sin darse cuenta por el lado sentimental— Es usted el primer hombre que habrá logrado salir conmigo por las calles de Montecarlo.

—Puedo asegurarle, condesa— contestó con cierta reticencia Rodolfo—, que no le ha de pesar.

* * *

Eran las nueve de la noche en punto cuando la condesa, que ya estaba preparada, oyó unos golpes en la puerta de su habitación.

Dió la voz de "Adelante" y quedó como quien ve visiones ante el *gentleman* que apareció en el umbral.

¿Era realmente su peluquero aquel caballero elegantísimo y arrogante que acababa de entrar en la habitación?

—¿Qué le parezco? — preguntó Rodolfo con cómica jactancia.

—Pues parece usted un conde de verdad. Es decir, más que un conde, pues le aseguro que hay algunos...

—Y hasta duques se ven por ahí que dan ganas de echar a correr. ¿Verdad?

Elena comprendió muy bien la indirecta, pero no creyó conveniente darse por entendida.

Abrió un cajoncito del tocador, extrajo un billete y se lo entregó a Rodolfo.

—He aquí mis últimos mil francos. Si los pierde no sé qué será de mí.

—No hay que pensar en eso. Vamos a ganar, a ganar mucho. Se acabaron las preocupaciones.

Elena se disponía a salir.

—¿Me permite que le ofrezca el brazo, condesa?

—Encantada, conde — bromeó ella.

Pero hablara en broma o en serio, el caso fué que se cogió del

brazo de Rodolfo y que la presión fué aumentando — a causa de la emoción, claro es — a medida que se acercaba al casino.

XV

Berta quedó muy extrañada al verla regresar sola.

Sin poder contener su curiosidad, indagó:

—Creí que la señora condesa estaría aún en el casino.

—Ha habido un inconveniente — repuso Elena.

Pero Berta se dijo que aquel inconveniente no debió de contrariarla mucho, porque la condesa se hallaba como en un delirio de felicidad.

Relampagueaba la dicha en sus brillantes ojos. Toda ella era como una llamarada de íntimo, delicado

y misterioso deleite. No necesitó Berta preguntar para que Elena continuara, al mismo tiempo que se dejaba caer en la chaise-longue con plácida indolencia.

—Al entrar en la sala nos hemos dado de manos a boca con el duque. El no nos ha visto. Estaba jugando y exclamaba lleno de júbilo: "¡Desgraciado en el juego, afortunado en amores! ¡Eso es que ella me ama!" ¡Pobre! Debía de estar perdiendo una fortuna. Entonces decidimos esperar en el jardín a que el duque se cansara de jugar para entrar nosotros en la sala. Y enton-

ces... ¡Oh, Berta! ¡Qué hermoso ha sido todo lo que desde entonces ha pasado! Aunque te lo explicara no lo comprenderías. Yo misma no lo llevo a comprender. Sé que hemos pasado bajo la luna, que hemos hablado mucho, que yo tenía frío y Rodolfo procuraba evitarlo... Nos hemos dado cuenta por fin de que había pasado mucho tiempo. El duque se debía de haber marchado ya. Rodolfo me ha propuesto que fuéramos a la sala y yo he preferido venir a casa y esperarle. Que juegue él solo. A ver si así termina antes y vuelve. ¡Oh, Berta! Estoy impaciente. Quisiera verle ya aquí.

Berta la miraba compasivamente. Comprendía la gravedad de aquellas declaraciones. Rodolfo había ganado el corazón de la mujer más admirada de Montecarlo.

* * *

Apenas vió que la condesa entraba en el hotel, Rodolfo se dirigió también a sus habitaciones.

Abrió un baúl-armario, reunió todo el dinero que tenía esparcido por los cajones y lo contó.

Doscientos mil francos. No estaba del todo mal. Desde luego no convenía exagerar la nota, para que Elena no sospechara la verdadera procedencia de aquellos billetes.

Esperó un poco en su cuarto, paseando de un lado a otro nerviosamente. Por fin, se decidió a dirigirse al cuarto de Elena.

Llamó. Berta le abrió la puerta. Inmediatamente oyó una voz que decía:

—Puedes retirarte, Berta. Ya no te necesito.

Al mismo tiempo que Berta se retiraba, Rodolfo dirigió una mirada al punto de donde había surgido la orden y vió a Elena recostada con indolencia en un sillón.

Le extrañó un poco que no se levantara a recibirle, que no le preguntase si había ganado.

Se acercó. Le ofreció los billetes.

—Doscientos mil francos. No he tenido paciencia para permanecer más tiempo allí.

Entonces ocurrió algo que Rodolfo no había de olvidar en toda su vida.

Elena cogió los billetes, los arrojó al suelo y le echó al cuello los brazos.

Los labios se encontraron en un

beso largo, de amor profundo e infinito.

Cruzaron algunas palabras que ninguno de los dos oyeron, tan embriagados estaban por su propia felicidad.

Permanecieron un buen rato el uno en brazos del otro. Rodolfo trató de repetir lo que le había parecido un sueño, pero ella reaccionó.

—No, Rodolfo. Ya está bien como está.

Y al tratar él de retenerla, ella tenía que luchar con un impulso muy íntimo y muy fuerte para seguir oponiendo resistencia.

Logró por fin desasirse de sus brazos y huyó a su dormitorio cerrando la puerta.

Pero oyó su voz al otro lado. Suplicaba, acariciaba al hablar.

Ella se llevó la mano al corazón como si temiera que pudiera saltarle del pecho, tan violentamente palpitaba. Temblaba toda ella de un deseo diabólico de abrir aquella puerta que acababa de cerrar. Pero al fin la razón se impuso y rodó la llave.

Aprovechando aquella coyuntura arrojó la llave en un cajón del tocador, y la de éste, después de darle dos vueltas, en la arquilla de las

joyas. También cerró ésta con llave, llave que ocultó debajo de la almohada.

Sólo así pudo llevar a sus nervios un poco de paz. Se acostó. Comenzó a soñar despierta, soñó dormida.

* * *

A la mañana siguiente, a la hora de costumbre, Berta fué a despertar a la señora condesa.

Pero no pudo entrar por mucho que forcejeó en el picaporte. Sin duda, la puerta estaba cerrada por dentro.

Se decidió a llamar y la voz de la condesa contestó desde el lecho.

Después del profundo sueño de toda la noche, en el ánimo de Elena se habían operado importantes cambios. En primer lugar no se acordaba de haber cerrado la puerta con llave. Por eso invitó a la doncella a que entrara.

Pero Berta le contestó que no podía abrirse y entonces comenzó a esbozarse en el magín de Elena lo

que la noche anterior había ocurrido.

Recordó que había cerrado la puerta con llave y se levantó a abrir. Pero ¿dónde estaba la llave? Tras el primero, vino el tercer recuerdo y ello dió lugar a que la condesa intentara abrir la puerta del cuarto con la llave que estaba debajo de la almohada.

Por fin, se hizo la luz completa en su memoria y primero abrió la arquilla de las joyas, después el cajoncillo del tocador y finalmente la puerta.

Para disimular preguntó a Berta:

—¿Qué le pasa a esta cerradura?

—No sé, señora condesa.

—Acuérdese de decirle a Rodolfo que la arregle.

—Perfectamente, señora condesa.

Le mostró unos billetes que llevaba en la mano.

—Los he encontrado en el gabinete, desparramados por el suelo.

—Sin duda ha sido obra del aire.

—Me alegro de que la señora condesa tenga dinero.

—¿Por qué?

—Porque así podrá pagarle al pobre Rodolfo.

—¿Estás segura de que Rodolfo es pobre?

—Lo único que sé, señora condesa, es que el pobrecito trabaja mucho. El es peluquero, chofer, portero y hasta cerrajero. Por supuesto, él está contentísimo de poder servir a la señora condesa.

—Conozco tus intenciones, Berta. Tú quieres saber más aún de lo que sabes. Pues bien, desde ahora te digo que pierdes el tiempo. Rodolfo me hizo un gran favor anoche y yo le correspondí en la medida que me fué posible. Eso es todo.

—¡Oh, señora condesa! ¡Cuánto me alegro!

—¿De qué te alegras?

—Perdóneme la señora condesa.

—¡Habla! ¡Te lo mando!

—Pues bien, de que entre la señora condesa y Rodolfo todo haya terminado.

Elena sonrió con indulgencia.

—Ha terminado antes de comenzar. Hay cosas que no pueden tener principio. ¿Cómo es posible que una condesa se case con un peluquero?

—Naturalmente.

—Fué un momento de embriaguez que felizmente pasó. Y ya he dicho más de lo que quería. Ahora mucho ojo con que se te escape una

palabra delante del señor duque.

—Descuide la señora condesa.

En este momento se oyeron en el gabinete los pasos de Rodolfo.

XVI

Rodolfo no llevaba puesto el guardapolvo. Lo que menos pensaba hacer aquella mañana era peinar a la condesa Elena.

Por eso quedó muy sorprendido cuando ella, por todo saludo, le dijo desabridamente:

—Creí que estaba usted preparado. Le agradeceré que se dé prisa. He de salir esta mañana.

—El caso es que yo quería decirle algo muy importante, condesa.

—Comprendo. Usted cree que lo que sucedió anoche le da derecho a tomarse conmigo ciertas confianzas. Pues bien, sepa usted que aquello pasó. Le agradezco lo que ha hecho por mí. Ciertamente me ha sacado de un gran apuro. Yo supe agradecersele, y eso es todo. Ahora es preciso olvidar.

Pero, contra lo que ella esperaba, Rodolfo se irguió y dijo enérgicamente:

—¿Olvidar? Está usted muy equivocada.

—Por lo visto, pretende usted que le devuelva el dinero. Voy a dárselo en seguida.

—Ese dinero no me pertenece y antes que tomarlo lo quemaría.

—Entonces, con dinero o sin él, habrá de salir de aquí inmediatamente.

—¡Menos aún! Usted me demostró anoche que me amaba.

—Un error, cualquiera lo comete.

—¿Cree usted que ignoro el verdadero motivo de este cambio? Pues se equivoca usted. Sé muy bien por qué la amabilidad de anoche se ha

convertido en aspereza. Lo sé y la idea me repugna.

—¡Basta! No puedo tolerarle que me hable en ese tono.

—Pues habrá usted de oírme aunque no quiera. La única diferencia que existe entre usted y yo es la de que usted es mujer y yo hombre. Me enamoré de usted porque la creí una mujer perfecta y ahora veo que es una pobre condesa llena de orgullo. Siento haberme equivocado. Yo buscaba una mujer y de eso no tiene usted nada.

—El que está demostrando que no tiene nada de hombre es usted. Sólo el que ha perdido la noción de su propia hombría puede insultar así a una mujer.

Rodolfo le dirigió una mirada terrible.

—Ahora mismo va usted a ver si soy hombre o no.

Se dirigió con paso decidido hacia la puerta y la cerró con llave.

Inmediatamente, se quitó la americana y se puso el batín de peluquero.

Elena seguía aterrada todas estas operaciones y, al ver que Rodolfo avanzaba hacia ella mirándola fijamente y con los puños cerrados,

lanzó un grito de angustia y trató de refugiarse en su dormitorio.

Pero él abrió la puerta de un empujón y continuó avanzando hacia Elena que, cada vez más acobardada, retrocedía paso a paso.

La cogió de un brazo violentamente. La atrajo hacia su pecho y la besó en los labios.

Ella ya no se defendía. Estaba vencida por aquellos brazos y no precisamente porque fueran más fuertes que los de ella. Ahora, aunque Rodolfo la hubiera dejado en libertad, ella continuaría enlazada a él por sus propios brazos.

—Tienes razón—murmuró—. No tengo más remedio que amarte, pero vete.

Sin embargo, Rodolfo, no parecía dispuesto a complacerla. La cogió en brazos y la condujo a la chaise-longue. Allí continuó el delirio pasional. Un beso tras otro. Una cadena interminable de besos.

Y cuando Elena sentía que le ardían los labios y el corazón, vió con sorpresa que él se ponía en pie y le decía con tono despreciativo:

—Ahora, señora, es preciso que olvidemos.

La volvió la espalda y se marchó.

XVII

Fue un día de prueba para la condesa.

Rodolfo se fué realmente, tanto, que no había vuelto a saber de él en todo el día, a pesar de lo mucho que hizo para averiguar su paradero.

En aquella jornada, Elena quedó plenamente convencida de que no podía vivir sin Rodolfo y de que, cualquiera que fuese su profesión, no le quedaba más remedio que casarse con él.

Pero ahora resultaba que cuando estaba decidida a arrojarle en sus brazos para decirle: "Tuya soy", era él el que se mostraba esquivo, tan esquivo que acaso hubiera huido de Montecarlo, para evitar la posibilidad de una humillante capitulación.

Berta salió muy mal librada cuando fué a preguntarle si había

conseguido al fin "quitarse de encima al pobre peluquero".

La condesa aseguró que la despediría si volvía a meterse en sus asuntos íntimos y, especialmente, si se permitía llamar a Rodolfo "pobre peluquero".

A primera hora de la tarde, después de haber recorrido varias veces en automóvil todo Montecarlo, sin encontrar ni rastro de Rodolfo y de tener ochenta peloterías con la entrometida Berta, que no daba pie con bola desde que la amenazó con despedirla, el duque se presentó rebosante de alegría.

—¡Qué felicidad, querida mía! —exclamaba.

Y como ella no le preguntaba el motivo, resolvió explicarlo.

—Sabes lo que me sucedió anoche?

Elena se encogió de hombros.

—Pues que me convencí de que me amas profundamente.

—Es curioso—repuso Elena con una sonrisa burlona.

—Estuve jugando en el Casino, sólo por ver si me querías. Ya conoces el dicho: "Afortunado en el juego, desgraciado en amores". Luego el que no es afortunado en el juego, no será desgraciado en amores. Es decir, que así como el que gana no debe creer en las palabras dulces de su prometida, el que pierde puede estar seguro de que su prometida le ama.

—No tiene vuelta de hoja—dijo la condesa, a la que lo mismo le daba en aquellos momentos oír los ruidos de la calle que las sandeces del duque Otto.

—Primero—continuó el duque, —jugué cinco mil francos. Los perdí. Esto va bien, me dije. Y me atreví a jugar veinticinco mil francos. Los perdí también. No pude reprimir un movimiento de satisfacción, y puse sobre el tapete cien mil francos. ¡Los perdí como los anteriores! La alegría se desbordaba de mi corazón. ¡Bravo!, exclamé, y vi que la gente—¡qué sabían ellos, los pobres!—, se miraban como diciendo: "Este tío está chifla-

do". Uno de ellos incluso se llevó un dedo a la sien para hacer el movimiento de la barrena. Era tonto de remate.

Y al recordar aquel rasgo de tontería, el duque reía con su risa de conejo.

—¿Verdad que tiene gracia, querida Elena?

—¡Ya lo creo!

Y Elena no pudo menos de reír, pero no de la necesidad del hombre al que aludía el duque Otto, sino de la del mismo duque.

—Entonces jugué doscientos mil francos, e imagínate lo que pasaría por mí cuando vi que la raqueta del croupier se los llevaba. No pude contenerme y exclamé: ¡Ella me ama! Y entonces uno de los empleados, comprendiendo perfectamente mi alegría, me dijo: "Le felicito, señor". Todos se echaron a reír. Sin duda se habían contagiado de mi alegría. Di quinientos francos de propina para los empleados y salí de la sala saltando de gozo. Estuve a punto de venir a verte, pero recordé a tiempo que una vez me prohibiste visitarte de noche. Me tuve que acostar en seguida.

—¡Oh, si hubieras venido!—ex-

clamó la condesa—. ¡Otra cosa sería!

—¿Por qué?

—Pues... porque precisamente anoche tenía ganas de ir a dar un paseo.

—¿Por qué no me telefoneaste, querida?

—Es verdad. Podía haberte telefonado. No cai.

—Cuánto lo siento.

Y añadió guiñándole un ojo:

—Pero esta noche no te aburrirás.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? Mira.

Y el duque Ono extrajo un papel azul del bolsillo del chaleco.

—¿Sabes lo que es esto?

—No.

—Pues es un palco para la Opera. Como sé que te gusta mucho la ópera, me he dicho: Voy a

darle un alegrón a Elena. ¿Verdad que te alegras mucho?

—Muchísimo—contestó la condesa sin ningún entusiasmo.

—Ahora, si te parece, iremos a dar un paseo. Después cenaremos en el Casino, y después...

—No, querido. Te lo agradezco mucho, pero esta tarde no tengo ganas de salir.

—Pues entonces vendré por ti a las ocho. Más tarde no, pues a esa hora comienza la ópera. Adiós, pamelita.

Le besó la mano y se fué frotándose las manos y lanzando exclamaciones de este jaez:

—¡Qué contento estoy esta tarde! ¡Hoy es el día más feliz de mi vida!

En cambio, para la condesa, era el más infortunado.

XVIII

Ya estaba arreglada e iba a peinarse Berta, cuando tuvo un feliz recuerdo.

En el Palace había una magnífica peluquería para señoras. ¿No sería Rodolfo uno de sus oficiales?

—Vete, Berta. No te necesito— exclamó con el consiguiente asombro de la sirvienta ante aquel cambio repentino de parecer.

Se dirigió al teléfono. Pidió comunicación con la peluquería y preguntó:

—¿Hay ahí un oficial que se llama Rodolfo?

—No, señora. Hay uno que se llama Ataulfo, otro que tiene el nombre de Napoleón, otro...

—Yo quiero a Rodolfo.

—Pues no podemos servirle.

—¡Qué contrariedad! Son las ocho. He de ir a la Opera y estoy sin peinar todavía.

—Le enviaré a uno de los oficiales que le he nombrado y le aseguro que quedará muy contenta. Es de lo mejorcito que hay en el gremio de peluqueros.

—No, no. Quiero a Rodolfo.

—Pero, ¿cómo es ese Rodolfo? —preguntó el maestro, por si se trataba de uno de sus oficiales que había tenido la prevención de cambiarse el nombre para servir a aquella dama tan caprichosa.

—Pues es... ¡magnífico!

—Con esas señas me va a ser difícil encontrarlo.

Al oír pronunciar el nombre de Rodolfo uno de los clientes, al que estaban terminando de afeitar, se incorporó en el sillón y preguntó al maestro:

—¿Quiere un oficial que se llama Rodolfo?

—Sí, señor.

—Entonces, permítame un momento. Conozco a esa dama.

—Diga, señora. ¿El Rodolfo que usted busca es acaso un joven alto, alegre él...

—Sí, sí, muy simpático.

—Tiene el cabello rizado, ¿verdad?

—Exactamente. ¡Oh, gracias a Dios! Búsquelo usted en seguida, cuente lo que cuente.

—Un momento, un momento. ¿Tiene la voz un poco abaritonada?

—Sí.

—Pues no le conozco.

Y colgó el auricular y volvió a sentarse en el sillón tranquilamente.

* * *

Apenas dejó el teléfono, la puerta se abrió para dar paso al duque Otto, que se mostraba tan contento como de costumbre.

—¡Oh, estás encantadora!—exclamó mirándola de arriba abajo.

—Bien se ve que no tienes ojos. ¿Cómo puedo estar encantadora si llevo una cabeza que parezca una gitana?

El duque comprendió que la cosa

no estaba para bromas aquella noche.

—Tú estás encantadora peinada y sin peinar—se aventuró a decir.

—¡Estoy horrible!—replicó Elena con tal de llevarle la contraria.

—Como gustes, como gustes. Pero debemos irnos ya. Son las ocho. El telón se habrá levantado.

—Calla. No me pongas más nerviosa de lo que estoy. No puedo ir al teatro con esta cabeza.

—Pues con peinarle, todo está arreglado.

—Pero no puedo peinarme. Ahí está el conflicto.

—¿Por qué no puedes peinarte?

—Porque no encuentro a Rodolfo...

—¿Quién es ese Rodolfo?

—¡Quién ha de ser! Mi peluquero.

—Acaso Berta...

—De ningún modo. Berta no sabe una jota de eso. Siempre que me peina, el dolor de cabeza me dura tres días.

Y suspiró:

—En cambio, las manos de Rodolfo son tan suaves...

—Pues sí que siento que no haya venido Rodolfo. ¿Por qué no le llamas por teléfono?

—¿A dónde?

—Tú sabrás.

—Si lo supiera no estaría perdiendo el tiempo con esta charla inútil.

—Piensa que si no tomas una decisión rápida, llegaremos cuando salga la gente.

—¡Déjame, por Dios! Tienes el don de ponerme los nervios de punta. Ve tú delante. Yo iré cuando haya encontrado a Rodolfo.

El duque se apresuró a despedirse antes de que la cosa se complicara más.

En la antecámara se encontró con Rodolfo, que estaba en aquel momento.

—Usted es Rodolfo, ¿verdad?—le preguntó.

—Sí, señor.

—Pues bien, le recomiendo que tenga mucha paciencia. La pobrecita está muy nerviosa.

Y después de darle este paternal consejo, se marchó.

Al ver desde la puerta de su cuarto a su Rodolfo, Elena hubo de ahogar una exclamación de alegría.

—Vete, Berta. No te necesito—dijo a la sirvienta, que había salido a acompañar al duque.

Y cuando estuvo a solas con Rodolfo, dijo con tono suplicante:

—Le he estado buscando todo el día.

—Tengo mucho trabajo, señora, y no me puedo entretener. He venido porque me han dicho que venía usted mucho prisa.

Extrajo la maquinilla del maletín y fingió absorberse en la tarea de comprobar si jugaban bien los peines.

—No quiero ir a la Opera—dijo la condesa.

—Entonces, ¿para qué me ha llamado?

—Para tenerlo aquí. De no haberle encontrado, acaso hubiera ido.

—La señora condesa debe ir a la Opera. Yo haré un peinado magnífico a la señora condesa. Eso representará para mí una gran propaganda.

—Pero, ¿habla usted en serio?

—Señora, ya le he dicho que tengo mucha prisa.

—¡Oh, es usted un monstruo!

—Si la señora condesa me insulta de ese modo, no tendré más remedio que marcharme.

—¡Un monstruo, sí! — repitió Elena rompiendo a llorar—. Quiere hacer de mí un muñeco de propaganda... Pues bien, iré a la Ópera, pero así.

Y al mismo tiempo que derramaba abundantes lágrimas, se revolvía los cabellos, hasta que quedó convertida en una verdadera gitana.

Entre las greñas que le caían sobre la frente y las lágrimas que le caían por las mejillas, la condesa

ofrecía un aspecto realmente cómico.

—¡Así, así iré a la Ópera! Y cuando me pregunten quién es mi peluquero, diré su nombre a gritos para que se entere todo el teatro.

Se desplomó en la chaise-longue, donde continuó sollozando convulsivamente.

Rodolfo tuvo el suficiente valor para abandonarla en aquel amargo trance.

XIX

Se arregló de cualquier modo en el automóvil. Con disimular un poco que había llorado, le bastaba.

Cuando llegó al teatro, la ópera estaba ya más cerca del fin que del principio.

El duque bostezaba.

Al verla entrar tembló de alegría.

—Creí que no vendrías. ¡Es tan tarde!...

Ella sonrió forzosamente.

—¿Ves cómo al fin encontraste al peluquero?

—No me hables de peluqueros— dijo Elena secamente.

Y el duque pensó que la pelotera con el peluquero habría sido de las que hacen época.

—¿Qué ópera están representando?

—“Monsieur Beaucaire”.

—¿De qué se trata?

El duque no se atrevía a contestar.

—Te he preguntado que de qué se trata.

—Pues se trata de un peluquero, pero yo no tengo la culpa.

En efecto, en aquel momento el tenor cantaba en escena:

“Soy peluquero,
sí, lo confieso...”

—¿Y qué asunto tiene?

—Pues una tontería. Una dama de calidad se enamora de un peluquero.

—¿Y dices que eso es una tontería?

—Naturalmente. ¿Qué dama puede enamorarse de su peluquero?

—Eso es posible en escena y fuera de ella.

—Es la primera noticia.

—Dime, ¿se casó con él?

—No sabía que era peluquero, y al enterarse, se indignó.

—¿Rompió con él?

—Sí.

—¡Pobre mujer! No sabe lo que ha hecho. ¡Romper con el hombre al que amaba, por muy peluquero que fuese!

—Comprende que una dama aristocrática no se puede casar con un peluquero.

—Eso son necesidades de la gente. ¡Vaya si se puede casar!

—Perdona. Lo ignoraba.

—Es un final absurdo y desagradable. Esa mujer es tonta. Habrá arrojado de casa al hombre amado, y a lo mejor se casará con un duque.

El duque la miró de reojo.

¿Sería una indirecta?

* * *

Había terminado el segundo acto y se levantaba ya el telón para empezar el tercero.

La aristocrática dama estaba rodeada de una legión de servidores. Era una tiple magnífica. Cantaba. Y en su canto afirmaba que cuantas veces volviera, otras tantas insistiría en arrojarlo de casa despreciaivamente.

—Esa mujer—comentó Elena—, tiene más orgullo que corazón.

—Sin duda—convino el duque, que por nada del mundo le hubiera llevado aquella noche la contraria.

—Además, no me gusta. Es fea

y viste mal. ¿Cómo se atreve una mujer así a despreciar a un hombre? ¿Qué se habrá creído esa estúpida?

De pronto apareció en escena un heraldo.

Era un bajo profundo.

Cantó:

*Damas y caballeros,
pajes y escuderos
el barbero Beaucaire...*

Todos se levantaron.

¿Desde cuándo un barbero se hacía anunciar por un heraldo?

La dama aristocrática miraba hacia la puerta sin poder dar crédito a sus ojos.

Habían formado junto al umbral una serie de caballeros que acompañaban al visitante.

Un príncipe no habría tenido mejor escolta.

Entonces, el heraldo explicó:

*Ni es Beaucaire,
ni es barbero,
sino un príncipe de Francia.*

Y, en efecto, apareció el desdichado pretendiente vestido con las galas principescas.

Un grito de asombro salió de todos los labios.

La dama se desplomó en el sofá, a punto de desvanecerse.

—¡Oh, príncipe, perdón! — exclamó arrojándose a sus pies—. La verdad es que os amo. Mi corazón estaba realizando un gran sacrificio.

Pero el príncipe, con su magnífica voz de tenor, dió a la dama una razonada réplica. Si de veras le hubiese amado, su orgullo se habría doblegado al amor y se hubiera casado con él, aun creyéndole un peluquero. Había querido probarla, y la prueba dejó bien despejada la incógnita. No le amaba como él quería ser amado.

La dama se deshacía en lágrimas de imploración, pero el llanto no lograba ablandar el desengañado corazón del príncipe.

Elena hacía esfuerzos inauditos para contener las lágrimas. Lo mismo le había pasado a ella, y lo tenía bien merecido, por estúpida.

En la sala comenzaron a verse pañuelos, que las espectadoras jóvenes se llevaban a los ojos. Todas hacían causa común con la afligida dama y, mirándolas, Elena se decía:

—Vosotras, cuando menos, podéis estar prevenidas. Pero yo, ¡ay de mí!, he recibido la lección demasiado tarde.

* * *

De pronto, y cuando mayor era el silencio en la sala, porque la escena llegaba al momento culminante de su dramatismo, Elena oyó que alguien aplaudía no muy lejos de ella.

Se volvió y vió que en el palco inmediato estaba Rodolfo, el cual parecía muy entusiasmado con lo que ocurría en escena, a juzgar por los gestos de aprobación que estaba haciendo.

Todos los espectadores le miraban un poco sorprendidos de los inoportunos aplausos, pero la más sorprendida de todas fué Elena.

Una sospecha nació de pronto en su espíritu. ¿Podía ser realmente un peluquero aquel hombre tan gentil, tan elegante, que sabía estar en un palco como si en su vida hubiera ido a otra localidad, y que con las tijeras y el peine en la mano era una verdadera desdicha? ¿Podía ser peluquero aquel hombre tan exquisito, tan culto y de tan finos modales? ¿No se estaría repitiendo en ella el drama que se representaba en el escenario?

Dirigió una mirada al duque Otto y vió que se había dormido.

Entonces salió de puntillas del palco y entró en el que ocupaba Rodolfo.

Rodolfo la esperó detrás de la puerta.

Quedaron frente a frente, mirándose.

—Dígame—aplicó Elena—. ¿Es usted peluquero?

—No, condesa. Soy el conde Rodolfo.

—¿Oh, qué desdicha tan grande! —exclamó la condesa echándose a llorar—. Si al menos fuese usted peluquero, me habría cabido la esperanza de que rectificase su actitud como la he rectificado yo.

En este momento, el príncipe se fué con su corte y la dama quedó sollozando en el sofá.

El telón comenzó a caer lentamente, y lentamente caían las lágrimas por las mejillas de Elena.

—¡Pobrecita!—exclamó la condesa, por la dama de la ópera y por ella misma.

Pero sintió de pronto que las manos de Rodolfo se posaban sobre sus hombros, que descendían después hasta su cintura y que la estrechaban dulcemente.

Maravillada ante el milagro, levantó la cabeza y vió que Rodolfo sonreía.

—No me gusta ese final—declaró—, y voy a rectificarlo en la realidad. La ópera puede tener ese triste fin, pero el de nuestro amor ha de ser muy distinto.

Y completó las palabras con un beso, que transportó a la condesa a un paraíso de delicias.

La dama sollozaba aún en el escenario, mientras terminaba de caer el telón.

El duque Otto dormía en el palco...

FIN

Próximo número:

El magnífico asunto

Camino del infierno

por **María Alba y Juan Torena**

¡Hágase reservar desde ahora mismo esta novela!
¡Le interesa hacerlo!

¡Siempre lo mejor!

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarias, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbrá, 16; MADRID: Caños, 1

COLECCION USTED

las lujosas libras de las ediciones especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Narcís, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia.—Zazá.—¡Adiós, juventud!—El judío errante.—La mujer desueta.—Casanova.—Hotel Imperial.—La ría Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Sápido Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Malispona de Oza.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Libro.—La Tierra de todas.—Típoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Malacara.—El Capitán Sorrell.—El jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Ballarina de la Opera.—Ben Ali.—Los Cuatro Diablos.—¡Ris, payaso, ris!—Volga, Volga.—La Sinfonía Patética.—Un cierto muchacho.—¡Noctúrgico!—La ruta de Singapur.—La Acría.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina la Holandesa.—¡Viva Madrid, que es mi pachito!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los escudos.—Icaros.—El mundo de Montecarlo.—La mujer ligera.—Virgenes modernas.—El Pagano de Tahití.—Estrellas dichasas.—Eso es el cielo.—La sonda del yé.—Espejismos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Eucismo.—La Máscara del Diable.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Posesión.—Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Cetes.—Las dos huérfanas.—La Canción de la Estopa.—El precio de un beso.—La rapsodia del recuerdo.—Distintessen.—Del mismo barro.—Estrellados.—Cuatro de infantería.—Olimpia.—Monsieur Esau Gino.—Sombras de gloria.—Mamha.—Ladrón de amor.—Molly (La gran parada).—El valiente.—¡De frente, marchen! Prim.—El presidio.—Romance.—El gran charro.—Tempestad.—El Dios del Mar.—Anne Christie.—Sevilla de mis amores.—Horizontes nuevos.—La incorregible.—El mola.—El pavo real.—Bajo las techas de París.—Wu-li-Chang.

que han constituido otras tantas éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Números publicados de gran éxito:

EL PRECIO DE UN BESO

por José Mojica y Mona Maris

(5 ediciones)

DEL MISMO BARRO

por Mona Maris y Juan Torrens

(6 ediciones)

LADRÓN DE AMOR

por José Mojica y Mona Maris

(4 ediciones)

EL VALIENTE

por Juan Torrens

(2 ediciones)

EL PRESIDIO

por José Crespo

(2 ediciones, agotándose ya la segunda edición)

EL GRAN CHARCO

por Maurice Chevalier y Claudette Colbert

EL DIOS DEL MAR

por Ramón Pereda y Rosita Moreno

SEVILLA DE MIS AMORES

por Conchita Montenegro y Ramón Navarro

(3 ediciones)

HORIZONTES NUEVOS

por Carmen Guerrero y Jorge Lewis

BEN-HUR

por Ramón Navarro y May Mac Avoy

LA INCORREGIBLE

por Enriqueta Serrano y Tony D'Algy

EL MALO

por Dolores del Río y Edmund Lowe

EL PAVO REAL

por la genial «estrella» Mae Murray

BAJO LOS TECHOS DE PARIS

por Albert Préjean, Polla Yllery y Gaston Modot

WU-LI-CHANG

por Ernesto Vilches, Angellita Benítez y José Crespo





Precio: UNA peseta